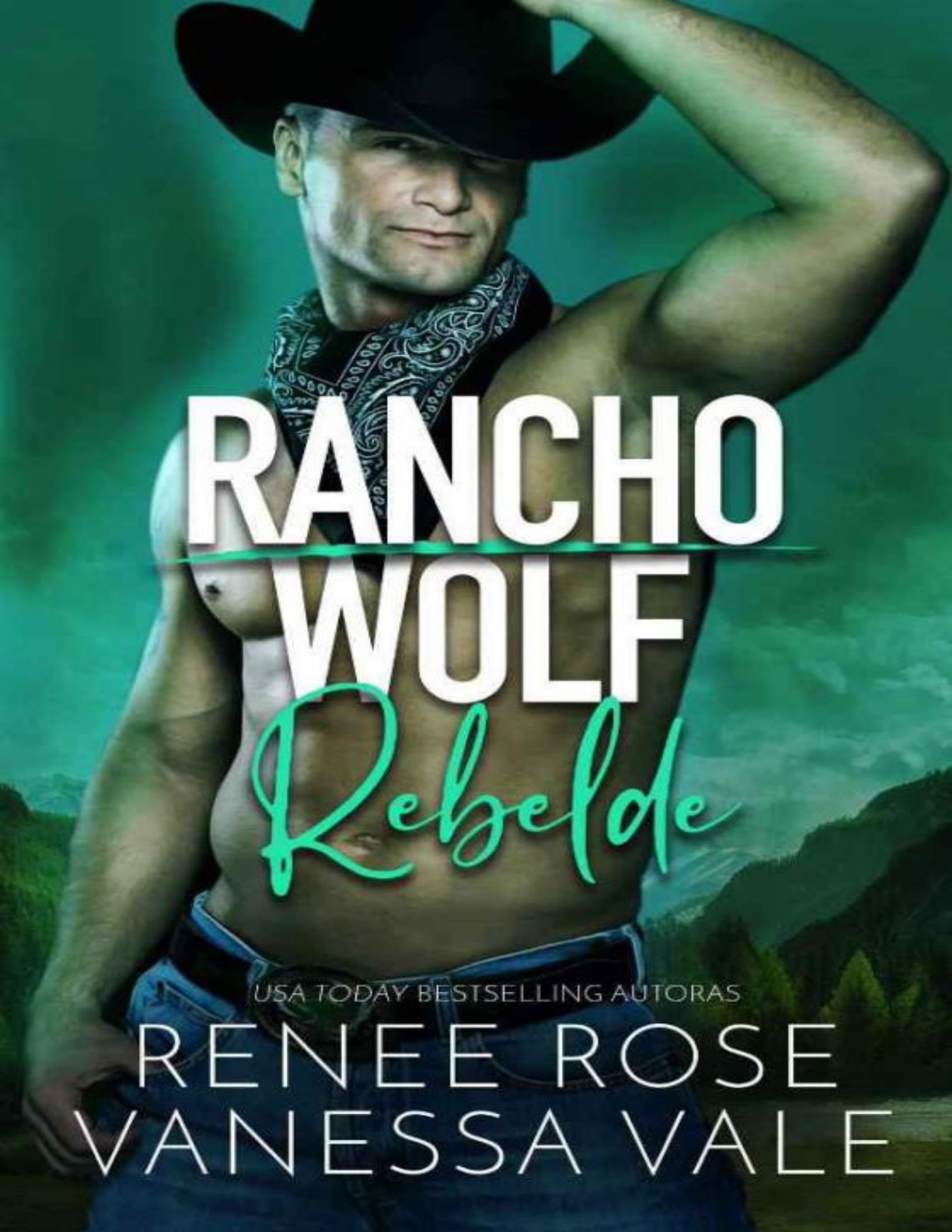

RANCHO WOLF
Rebelde
USA TODAY BESTSELLING AUTORAS
RENEE ROSE
VANESSA VALE

REBELDE

RANCHO WOLF - PRECUELA

VANESSA VALE

RENEE ROSE



Derechos de Autor © 2021 por Bridger Media and Wilrose Dream Ventures LLC

Este trabajo es pura ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora y usados con fines ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o muertas, empresas y compañías, eventos o lugares es total coincidencia.

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro deberá ser reproducido de ninguna forma o por ningún medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y retiro de información sin el consentimiento de la autora, a excepción del uso de citas breves en una revisión del libro.

Diseño de la Portada: Bridger Media

Imagen de la Portada: Deposit Photos: tolstnev, PawelSierak

¡RECIBE UN LIBRO GRATIS!

Únete a mi lista de correo electrónico para ser el primero en saber de las nuevas publicaciones, libros gratis, precios especiales y otros premios de la autora.

http://vanessavaleauthor.com/v/ed



SUSCRÍBETE - RENEE ROSE

Suscríbete a mi newsletter para recibir contenido especialmente bonificado y noticias de nuevos lanzamientos en Español.

https://www.subscribepage.com/reneerose_es

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11

¡Recibe un libro gratis!
Suscríbete - Renee Rose
Todos los libros de Vanessa Vale en español
Acerca de la autora - Renee Rose
Acerca de la autora - Vanessa Vale

1



BEN

EL LETRERO de neón sobre la puerta iluminaba el aparcamiento con un resplandor rosáceo. Los zumbidos de la música retumbaban a través de la puerta cerrada.

—¿Estás seguro de esto? —Gibson se pasó la mano por la barba.

Miré el letrero con la silueta de una mujer voluptuosa montando un caballo. *Desnuda.* Debajo de ella, el nombre del lugar: *Hoedown.* Joder. A los veinte años habríamos tenido una erección de solo pensar en venir a un lugar como este. ¿Ahora? Nuestras erecciones solo respondían al olor que habíamos captado de nuestra compañera. Nos detuvimos en la gasolinera de camino al Rancho Wolf, captamos su olor, y nos trajo aquí... al otro lado.

Era el dulce y embriagador aroma que se me había impregnado en las fosas nasales la última vez que anduve por la zona. Era la razón por la que regresé con Gibson esta vez, el alfa de mi manada.

Era nuestra compañera.

Olfateando, esta vez inhalando profundamente, pude confirmar que este era el lugar. Me encogí de hombros en respuesta.

—Joder, espero que no está ahí dentro dejando que los humanos la toquen y vean lo que es nuestro —gruñó mientras llegábamos al establecimiento de una planta y de bloques de hormigón, al lado de la carretera—. No quiero matar a nadie esta noche.

—Sí. —Estuve de acuerdo. Puede que fuésemos dos hombres para ella, pero no significaba que no fuéramos tan celosos y posesivos como los lobos que se apareaban de forma monógama.

—Cuando la saquemos de aquí, sabrá lo que es tener a su nuevo alfa con ella.

¿El nuevo alfa? Ese era él. El líder de la manada Cumbre Vaquera.

Yo no era un alfa, yo era un ejecutor, y me sentía igual.

—He estado detrás de este olor por cinco meses —le dije saliendo de la camioneta. Hacía mucho tiempo que no estaba en Montana, la última vez había sido cuando le pedí prestada la camioneta a Clint para bajar de la montaña después de haber estado siguiendo a un vándalo metamorfo en su territorio. Mi lobo se había excitado inmediatamente con el dulce aroma que llenaba la cabina. Alguna metamorfa había estado allí, y mi lobo estaba intrigado. No la había olvidado. Mi lobo... y mi sexo no me habían dejado. Y ahora la había encontrado de nuevo.

Gibson tensó la mandíbula porque sabía que yo tenía razón. Llevábamos el mismo gen en cuento a este olor, lo cual significaba que reclamaríamos una misma hembra juntos, como todos los machos de nuestro linaje, nuestra manada.

—Vamos a buscarla. —Abrió la puerta. Yo le seguí.

El lugar estaba poco iluminado y era de temática del oeste. Había un escenario que atravesaba el centro de la enorme sala. Tenía dos postes, uno atrás y otro adelante, en el centro, al final de la pista. Ubicado en la parte trasera del salón estaba el bar, donde la clientela era atendida por camareras con blusas escotadas, de corte medio y pequeños pantaloncillos cortos como los de Daisy Duke que apenas les cubrían el trasero. Esas chicas probablemente estarían recibiendo propinas, pero no captaban mucho la atención de los hombres. Inhalé profundamente, ninguna de ellas captaba mucho nuestra atención tampoco. Ninguna era nuestra compañera.

No, el dulce aroma vino de la delicada y sexi señorita del escenario, que en ese momento estaba haciendo una maniobra seductora en uno de los postes, boca abajo. No tenía ni idea de cómo era capaz de aguantar las piernas envueltas alrededor del brillante metal, desafiando la gravedad.

Aún en el poste, volvió a una postura normal, dejando ver unos abdominales que debían de ser duros como una roca, luego se paró sobre el escenario y se puso en cuclillas. Sus rodillas estaban dobladas, muy separadas. Era una atleta, como la mayoría de las lobas.

Mi lobo gruñó, y di un paso hacia ella.

No podía apartar la vista. Ella era delgada, de cabellera larga color whisky, llevaba tatuajes que serpenteaban alrededor de sus definidos brazos, tenía un cuerpo escultural y cincelado, pero con senos grandes que hacían babear a cualquier hombre. Joder, la mayoría de los presentes la miraban con la boca abierta, y sin duda, el deseo por ella se reflejaba en sus erecciones.

Sus senos eran voluptuosos en comparación a su esbelto cuerpo, pero definitivamente naturales, a diferencia de esos flotadores de piscina que las otras camareras tenían por senos.

Gibson me tocó el hombro y me llevó a una mesa desocupada al lado de la pista, justo delante. Nos dejamos caer en nuestros asientos, viéndola bailar y contorsionarse de arriba abajo de espaldas al poste, todo el tiempo mostrando a todos los hombres del lugar su coño apenas cubierto por una tanga, la cual se dejaba ver por debajo de una pequeña falda de colegiala a cuadros. Con calcetines hasta la rodilla y tacones altos tipo Mary Janes, hacía de colegiala traviesa. Lo único elegante del vestuario era la blusa blanca cuando la tuvo metida dentro de la falda. Nos habíamos perdido la parte de su actuación en la que se arrancaba los botones y dejaba

la parte superior totalmente abierta, sin esconder nada. Era como si hubiera sabido que Gib y yo iríamos.

Gib se inclinó hacia adelante, puso los antebrazos en el borde del escenario y sostuvo un billete de veinte entre los dedos. Cuando ella le echó un vistazo, vino a gatas hacia nosotros.

Gruñí y afortunadamente la música sofocó el sonido. Ella arqueó la espalda con la habilidad de una desnudista que sabía cómo hacer alarde de sus atractivos, logrando que los senos sobresalieran y los pezones se notaran hinchados, listos para ser chupados. Cuando se detuvo justo delante de Gibson, le dio una sonrisa maliciosa y él se inclinó con cuidado de no tocarla y respiró. Escuché su gruñido de lobo, y ella también debió de haberlo escuchado porque se quedó inmóvil, sus ojos se abrieron de par en par y sus fosas nasales se estimularon con nuestro olor. Sí, ella sabía que éramos cambiaformas, e incluso podría tener una idea de por qué estábamos ahí.

Pero entonces comenzó a moverse de nuevo, empujando una cadera hacia Gib, para que así pudiera meterle el billete en el dobladillo de la falda. Me acerqué lo suficiente para hacer lo mismo en el otro lado, formando un triángulo; ella en el escenario elevado con nosotros sentados ante ella.

Oh, pondríamos a nuestra chica en un pedestal, probablemente desnuda, y una vez que la sacáramos de ahí, preferiblemente sobre mi hombro, seríamos los únicos en ver ese maravilloso cuerpo desnudo en adelante.

La canción llegó a su fin y la música se cortó.

—Te queremos en medio de nosotros —dije en la pausa—. En la sala VIP.

Sus ojos color canela pasaron de mí a Gibson y de vuelta, con una sonrisa curvada en sus labios. Su mirada, que durante el baile había evidenciado un falso placer, ahora brillaba con verdadera atracción. Era el reflejo de su loba en el resplandor de sus ojos.

—¿A ambos os apetecen las colegialas? —Su voz era como jarabe de caramelo, y mi polla se apretó más contra la cremallera de los vaqueros. Luego me quitó el sombrero de vaquero y se lo puso en la cabeza.

—Solo las traviesas —respondí.

—Y tu definitivamente has sido una chica mala —dijo Gib.

Ella sonrió mientras enroscaba un mechón de cabello alrededor de un dedo, aparentando inocencia.

—¿Vas a darme una nalgada?

—Cuenta con ello, gatita —gruñí.

2



SHELBY

Oh, joder.

Eran cambiaformas y eran preciosos. Eran un metro noventa y más de pura bondad vaquera, y venían en combo.

Normalmente, cuando captaba el olor de algún lobo, me escondía en la parte de atrás hasta que se iban. Roscoe, el dueño, estaba acostumbrado a ese tipo de cosas. Todas las bailarinas de aquí tenían a alguien de quien necesitaban esconder cómo pagaban sus facturas. No quería que le dijeran a mi manada cómo ganaba dinero. Los lobos se ponían muy protectores aunque yo sola era más que suficiente para cuidarme. Los machos humanos no eran una amenaza para una cambiaforma.

¿Y estos dos? Capté el intenso olor a especias antes de que se sentaran y ajusté mi rutina para ir a gatas hacia ellos. Sí, era un solo olor que parecía que compartían. Nunca había conocido a otros metamorfos como ellos antes.

Nunca los había visto en mi vida, pues definitivamente los habría recordado. No sabía quiénes eran. Y extrañamente, *quería saberlo*.

Mi loba interior me había impulsado a la rutina seductora, sacando los pechos y prácticamente mojándome por ellos. Nunca me había pasado algo parecido en el escenario, a pesar de que tenía un montón de hombres que prácticamente se corrían al verme. ¿Pero ellos dos?

Me preocupó que hubiera alguna mancha húmeda en mi ropa interior y que todos se dieran cuenta.

Todo comenzó con el olor, pero admito que fue la apariencia de ambos la que me terminó de calentar. Uno era de piel oscura; el otro de tez clara. Parecían al menos diez años mayores que

yo. Aparentaban aproximadamente unos treinta y tantos, y sí, me apetecían mayores y poderosos. Vaqueros, con camisas ajustadas de manga larga. No eran de aquí porque los habría reconocido. Cooper Valley y el mundo de los metamorfos era así de pequeño. Pero todo en ellos gritaba vaquero, gritaba pueblo pequeño, a pesar de todo. El rubio tenía una atractiva barba. Si tuviera que adivinar su profesión, diría que era leñador. O tal vez eran campeones de rodeo como Boyd Wolf. Eran así de grandes.

Musculosos.

Viriles.

Y el mayor y el de la barba me habían dicho que yo era una *chica mala.*

Y lo era. *Total y completamente traviesa*. Cuando me hicieron su petición, asentí hacia ellos, lo que hizo que mi cabello se me deslizara sobre el hombro, con las largas hebras acariciándome el pezón expuesto.

No se trataba tanto del dinero, fue algo más parecido a seguir mi instinto cuando acepté la oferta. ¿O había sido una orden?

Parecían mandones, como la mayoría de los lobos machos que conocía.

Normalmente, me incomodaban, pero estos dos... No. Dejaría que me mangonearan. Que me reprendieran. Que me dominasen y castigasen. Haría todas las obscenidades con las que fantaseaba cada vez que elegía el disfraz de colegiala traviesa o de criada francesa para bailar. Aunque nunca había imaginado que pudiese tener dos lobos mandones y dominantes solo para mí.

—Cincuenta dólares te dan la posibilidad de tener un privado en la sala VIP. —Levanté la mirada hacia el pasillo de atrás, el área acordonada para los clientes importantes.

Ambos se pusieron de pie; el barbudo colocó una mano en mi espalda baja; el otro tomó el sombrero de mi cabeza.

Eddie, el portero, se adelantó cuando vio que un macho me estaba tocando, pero quité la mano antes de que llegara a nosotros. Conocía a los lobos cuando ponían sus ojos en una hembra. No toleraban interrupciones. No era nada bonito cuando alguien se interponía entre ellos y lo que querían.

En este caso, yo.

Un hombre enorme como Eddie no era ninguna amenaza para un cambiaforma.

—Sin tocar, lobo —advertí.

Las fosas nasales del bombón barbudo se abrieron y sus ojos cambiaron de verde a ámbar.

Dios, algo en su olor hacía que me flaqueran las rodillas, despertando en mí el deseo de querer levantarle la camisa y lamerle ese pecho musculoso. Por ahora, solo me conformaría con apoyar la palma de la mano allí.

—*Yo* te toco —le dije en voz baja—. No puedes tocarme. ¿Crees que puedas con eso, grandullón?

Su gruñido fue una baja advertencia, y juraría por lo más sagrado que la vibración de ese

sonido llegó directo a mi región baja. Sentí cosquillas en el vientre. Mi ropa interior estaba definitivamente mojada. Era hora de salir del escenario.

Nunca había tenido esta reacción a un lobo macho antes, mucho menos a dos.

—Cristo, ese olor. ¿Podemos sacarla de aquí ahora? —murmuró el de tez oscura—. Que se joda el portero.

Una ola de precaución corrió a través de mí, pero al mismo tiempo igualada con la intensidad de mi deseo. Nunca había estado tan emocionada de llevar a un cliente a la sala VIP como ahora.

Me pusieron en medio de ellos. Incluso con mis tacones de plataforma, eran al menos treinta centímetros más altos que yo. Los llevé a la parte de atrás donde el portero tiró de la cuerda de terciopelo para dejarnos bajar por el pasillo. Nadie más estaba en la sección VIP en ese momento, lo cual nunca me había hecho tan feliz como ahora.

Cogieron dos sillas y se dejaron caer en ellas. El rubio de barba sacó cinco billetes de veinte y los abanicó delante de mí. Se los arranqué de los dedos y los metí en mi zapato de plataforma para que no se salieran.

—No sé cómo vamos a darte las nalgadas que te mereces si no podemos tocarte —se quejó el barbudo.

Sentí el calor inundar mi sexo. Mis glúteos cosquillearon en deseo por esas nalgadas. No debería animarlos o dejar que pensaran que podían jugar ese tipo de juegos conmigo, pero estaba tan mojada que los muslos ya comenzaban a resbalarse. Y eran metamorfos, así que podían oler mi excitación. Sabían exactamente el tipo de efecto que producían en mí.

—Creo que puedo hacer que Eddie desvíe su atención hacia otro lado —dije mirando hacia el portero—. Especialmente con un pequeño incentivo verde.

Esos trucos los había aprendido para sacar la mayor cantidad de dinero posible de los clientes, pero por un lado me parecía mal acostarme con ellos por dinero. Me había empezado a ruborizar, lo cual nunca me sucedía con los clientes.

A ellos no parecía molestarles. El de tez oscura sacó un billete de veinte y me lo dio. Le guiñé un ojo y me acerqué a Eddie para decirle que íbamos a divertirnos un poco, y que si quería irse al final del pasillo a mí me parecía bien.

—¿Estás segura, muñeca? —me preguntó mirando a los metamorfos.

Asentí.

—Estoy segura. No son peligrosos.

La verdad era que los dos eran los tíos menos confiables que había traído aquí. No eran débiles humanos de los que podría librarme fácilmente si ocurriese algo. Tenían el poder y la fuerza de los cambiaformas. Y estatura y tamaño alfa. Sin embargo, a pesar de que me ponían nerviosa y me hacían perder el control, sabía que no tenía nada que temer de ellos. Especialmente si yo fuera su compañera. Mi loba no tenía ningún miedo. Por el contrario, estaba lista para arrancarse las bragas y comenzar el rodeo, lista para pedirles a los dos que se impregnaran del olor de ambas. El resto de mí vibraba con una pizca de extraño peligro. O por

miedo a lo desconocido. Especialmente con el comentario que el moreno había hecho respecto a sacarme del lugar.

Tal vez *era* porque en el fondo sabía que podían hacerlo si querían. Nadie, ni siquiera yo, podría detenerlos.

El solo pensarlo era... realmente excitante y caliente como el infierno.

Todas las lobas querían ser dominadas, perseguidas por el bosque y obligadas a tumbarse sobre el lomo, para rendirse al lobo que más la quisiera y deseara. El que la reclamaría de por vida.

En este caso, no parecía ser uno sino *dos.*

Me pavoneé un poco, contoneando las caderas y me dejé caer en el regazo del moreno, presionando el culo desnudo sobre el bulto que le sobresalía de los vaqueros y rodeándole el cuello con los brazos.

—Toda tuya, papi.

En otra situación, con otro tipo de clientes, esta podría haber sido una frase bien ensayada, pero la forma en que la había dicho fue totalmente diferente. Sonaba sin aliento. Excitada.

La mano de él se deslizó dentro de mi camisa abierta y tomó uno de mis pechos. Sus labios encontraron el pulso en mi cuello.

—Tienes treinta segundos para decirme por qué tú, nuestra compañera, ha estado mostrando este cuerpo perfecto a todos los gilipollas del condado —gruñó–. Definitivamente vamos a tener que darte nalgadas hasta que los glúteos se te tornen de un lindo color rosa.

Sucedieron varias cosas a la vez. Tuve un orgasmo, uno pequeño, pero después de todo fue definitivamente un orgasmo. La única explicación era la misma razón por la que quise meterme en su regazo, la confirmación perpetua de las palabras *nuestra compañera.*

Esas palabras habían sonado muy reales.

Si no fuera cierto, no habría tenido ese orgasmo solo por haberlos escuchado llamarme de ese modo.

Y aún así, era demasiado impactante. ¿Dos extraños habían aparecido, llamándose a sí mismos mis compañeros y queriendo darme nalgadas? Por supuesto, no iba a durar mucho. Y con eso, quise decir que no estaría ni un centímetro lejos.

El brazo de él me rodeó la cintura como una banda de acero y me apoyó firmemente sobre su regazo. Luché, pero no hice ningún ruido, no llamaría al portero. El rubio no intervino. Me miró con los ojos fijos en el brazo que me sostenía desde la cintura.

Me encantaba sentir esa fuerza tanto como luchar contra ella, sabiendo que no estaba al mando, al menos por esta vez. Que estaban... ¿qué? ¿Rescatándome?

Fue entonces cuando me di cuenta. Estos dos realmente podrían sacarme de aquí. Considerando que no sabía quiénes eran o de dónde venían, podrían reclamarme y sacarme de Cooper Valley. Lejos de mi manada y de mi madre que me necesitaba.

—Tranquilo, se está asustando —advirtió el rubio, con sus fosas nasales ardiendo por mi

olor.

El moreno se atrevió a tomar mis bragas, deslizando un dedo por debajo del borde de la tanga y sobre mis labios exteriores totalmente húmedos.

—Y también está completamente mojada.

—Déjame verla —dijo el otro, alcanzándome y llevándome fácilmente hasta él.

Me colocó a horcajadas en su regazo, acariciándome el culo desnudo, apretando suavemente los glúteos mientras se encontraba con mi mirada, con ese destello verde intenso en la suya—. No hay nada que temer, gatita. Nunca te haríamos daño. Soy Gibson. Él es Ben. Somos de la manada de Cumbre Vaquera de Wyoming. ¿Has oído hablar de nosotros?

Sacudí la cabeza.

—Los lobos machos de nuestro linaje se aparean de a dos.

Lo miré fijamente mientras el coño se me estrechaba de nuevo, aparentemente al borde del clímax por estar cerca de mis compañeros.

¡Mis compañeros! *En plural.*

Santo... Dios. Mi mirada paso de uno al otro. Hablaban en serio.

Me metió gentilmente el dedo pulgar entre las piernas, buscando bajo la falda a cuadros, para frotarme el clítoris sobre la minúscula tela que llevaba por ropa interior.

—Ben captó tu olor cuando estuvo aquí por asuntos del consejo hace unos meses, y volvió conmigo para encontrarte y reclamarte.

Mi corazón latía rápido. Desde que tenía dieciséis años, esto era todo lo que había soñado. Encontrar a mi verdadera pareja. Ser reclamada por él. Sí, él... no *ellos*. ¿Dos compañeros? ¡Esto era una locura!

—¿Captaste nuestro olor? —me preguntó.

Volví a asentir con la cabeza.

—A diferencia de la mayoría de los cambiaformas, nosotros compartimos. Así es como nuestra loba sabe que nos pertenece a ambos. Es por eso que esto también puede ser intenso para ti. Este elixir pegajoso —metió un dedo debajo de la tanga y yo jadeé— prueba que te has rendido. Sabes que eres nuestra.

Ahora que había llegado el momento, ahora que él había dicho *nuestra,* no parecía un cuento de hadas.

Se sentía realmente aterrador.

No conocía a estos dos y estaban aquí para reclamarme y llevarme con su manada. Era posible que me estuviese juntando mucho con demasiadas hembras humanas, pero de repente me dio la impresión de que todo esto parecía un matrimonio medieval arreglado.

Sacudí la cabeza lentamente.

—Creo que te equivocas. —Intenté quitarme del regazo de Gibson.

Me dejó ponerme de pie pero me cogió la mano.

—Como dije, no tienes porque asustarte, nena. ¿Cómo te llamas?

—Shelby.

—Shelby —murmuró Ben, como si estuviera saboreando mi nombre.

—Ven aquí, pequeña loba. —Para mi sorpresa, Ben me puso sobre su regazo, boca abajo, y me subió la falda—. Todos sabemos que quieres unas nalgadas.

No iba a mentir. Definitivamente quería las nalgadas. Sus muslos se sentían duros como roca debajo de mí; podía sentir esa sensación de fuerza en todo mi cuerpo, apoyada en él, lejos del suelo sucio.

Sentí los dedos de Gibson enganchándose en mi tanga.

—Para las chicas malas las nalgadas son sin nada de tela por medio —gruñó.

—El culo *está descubierto* —gemí.

—Completamente... desnuda —añadió Ben, cuando las bragas me llegaban justo encima de las rodillas.

Mi sexo se estremeció al oír sus palabras. Y por todas sus acciones. *Joder.*

—Me llamaste *papi* cuando llegamos aquí. Es hora de hacerlo oficial, nena. —La mano de Gibson aterrizó en mi culo desnudo, y yo agradecí al cielo lo alto que estaba el volumen de la música para amortiguar el sonido de las nalgadas. Luego me apretó uno de los glúteos, mostrándome que le pertenecía. No estaba segura de si era una broma o si realmente le apetecía ser tan dominante, pero eso no le importaba ni un poco a mi loba. Esto me estaba excitando demasiado, había comenzado a retorcerme sobre sus muslos musculosos.

—Hoy es tu día de suerte porque acabas de conseguir dos papis para mantenerte a raya —añadió Ben, llevándome las muñecas a la espalda, y yo no tenía la más mínima intención de luchar contra ellos ni intentar cubrirme. El hecho de estar atrapada me hizo sentir aún más excitada.

Dejé escapar un suspiro tembloroso justo antes de que Gibson empezara a azotarme con más fuerza, acoplando las nalgadas al ritmo de la música, lo que significaba rápido y fuerte.

—Pequeña loba traviesa. Mostrando lo que nos pertenece a todos esos humanos de ahí.

Me curvé bajo su toque, levantando el culo para darle más acceso. Cada nalgada me causaba una sensación satisfactoria de ardor y picor. Yo era una metamorfa, así que el dolor duraba poco. Me dolía, pero en el buen sentido. En un sentido maravilloso, sexi y suspicaz.

Me estremecía con las nalgadas, extasiada, mientras Ben tomaba uno de mis pezones, pellizcándolo, apretándolo.

Gemí. Tenía dos pares de manos sobre mí al mismo tiempo, tocándome genuinamente, no con suavidad, sino diciéndome sin palabras cómo serían las cosas con ellos.

Gibson dejó de darme nalgadas para deslizar sus dedos dentro de mí. Me arqueé empujando el culo hacia arriba para llevarlo más profundamente. Estaba tan mojada que sus dedos entraron con facilidad. Mi cuerpo ya no era mío, pues nunca había sentido mis partes íntimas así, tan hinchadas y resbaladizas, goteando. No había reparado en los pequeños sonidos licenciosos que salían de mi boca. Los dos hombres continuaban concentrados en mí; Ben le daba a mis pechos

más atención de la que jamás habían recibido mientras Gibson alternaba entre nalgadas y estímulos con los dedos dentro de mí.

Tal vez fue su técnica. Tal vez fue solo su olor llamando a mi loba interior. De cualquier manera, no pasó mucho tiempo antes de que alcanzara un segundo orgasmo, y este fue mucho más satisfactorio. El coño se me estrechó alrededor de los dedos de Gibson, apretando y pulsando mientras su pulgar se acomodaba en mi entrada trasera, masajeándola. Me acuclillé en su regazo, meciéndome alternativamente para llevarlo más profundamente y empujando el culo hacia arriba para experimentar un poco más la estimulación anal. Si eran dos, eso significaba que uno de ellos...

Olas de placer brotaban a través de mí, una más fuerte que la anterior. Los destellos explotaban ante mis ojos. Nunca antes me había corrido así, y sus pollas aún estaban en los pantalones.

A medida que el orgasmo pasaba, la realidad llegaba a raudales. Estos dos extraños eran mis compañeros. Estaban aquí para reclamarme.

Comencé a moverme de nuevo para zafarme de ellos, aterrorizada por todo el placer que me habían arrancado. Si podían hacer que me perdiera así en este juego, entonces estaba en un gran problema. Estaba jodida.

Porque sabía que iba a terminar marchándome con los dos, y no solo dejando Hoedown, sino también Cooper Valley. Y no podía ser.

No podría hacerlo.

Había una razón por la que estaba aquí, exhibiendo mi cuerpo en este club nudista del pueblo vecino, y mi salida de Montana no haría que desapareciera.

Eso lo empeoraría.

3



GIBSON

—Eso es, nena. —Ben elogió a nuestra compañera, masajeándole la parte de atrás de la cabeza para calmarla.

Estaba muy nerviosa, lo cual me molestaba, pues nuestro instinto protector se había vuelto muy fuerte.

Ver a nuestra compañera sin reclamar aún medio desnuda frente a ese montón de hombres había desatado unos celos increíbles en nosotros, volviéndonos demasiado posesivos. Demasiado exigentes.

Había soñado con el momento de encontrar a mi compañera toda mi vida. Me había dado por vencido en los últimos años, por eso cuando Ben me dijo que creía haberla encontrado, pero que no la había visto aún... joder, no pude evitar ser escéptico al respecto. Dudaba de poder esperar tantos meses para averiguarlo y tener la seguridad. Ben se había ido a trabajar para el Consejo. Yo había estado ocupado con mis obligaciones de alfa. Cuando Ben regresó, todavía con la seguridad de que nuestra compañera podría estar en Cooper Valley, Montana, no esperamos ni un segundo más.

Tan pronto como capté su olor en la gasolinera, estuve tan seguro como Ben. Era de ella. De nuestra compañera. Debíamos seguirla... y nada menos que directamente a un puto club nudista. Esta era una loba que mostraba el cuerpo a cualquiera que saliera de la autopista y entrara al lugar a echar un vistazo. Los únicos machos que debían concurrir para verle ese precioso cuerpo esculpido eran sus compañeros. Ben y yo.

Por eso ahora el culo de ella tenía un bonito tono rosa. Era por eso que la teníamos en nuestros regazos, haciéndola correrse para nosotros. Le dábamos castigo y placer en igual

medida. Si la elección del disfraz para su actuación en el escenario era un indicio, entonces ella buscaba a alguien que la tomara en sus manos y la cuidara. Por suerte para ella, tendría *dos compañeros* para hacerlo.

Aunque estaba seguro de que Shelby nos reconocía como sus compañeros por nuestro olor, ella estaba muy lejos de aceptar ese hecho. Nunca nos imaginamos encontrar a nuestra pareja en un club nudista. Me imaginé que ella sentía exactamente lo mismo.

De hecho, estaba seguro de que todavía estaba pensando en huir, en irse de aquí. Y claro que nos iríamos de aquí, pero juntos. Miré a Ben y él asintió.

La ayudamos a ponerse de pie, aún ocupando el espacio entre Ben y yo, con sus pequeñas bragas blancas tensadas alrededor de sus muslos. Sentí cómo la polla me goteaba de deseo ante la vista. El olor de su excitación era embriagador y potente, y lo tenía por todos los dedos. Mi lobo estaba ansioso por quitarse la ropa, tomarla por detrás y follarla con desenfreno. Aquí. Ahora...

Pero eso no sucedería. No en una habitación clandestina de un club nudista. De ninguna manera. No podría basar mis acciones en lo que mi polla y mi lobo querían en el momento.

Ben le acomodó el cabello hacia atrás mientras yo le apretaba uno de los glúteos sonrojados. Su mirada era salvaje; sus senos rebotaban por la agitación de su respiración nerviosa. Puede que ella prácticamente se hubiese corrido en mi mano segundos antes, pero eso no la había calmado.

—Shh —susurré, tratando de taparla con su minúscula blusa tanto como fuera posible. Si bien sus exuberantes senos aún eran visibles, al menos los pezones estaban cubiertos—. Todo está bien, nena.

—Vienes con nosotros —dije.

Sacudió la cabeza.

—Yo... acabo de conoceros. Compañeros o no, sois extraños, y no voy a ir a Wyoming con vosotros.

—No iremos a Wyoming. Vamos a tu casa. —Mis manos se desbordaban con su firme culo mientras lo apretaba. Joder, se sentía bien—. ¿Pensaste que ese sería el único orgasmo que te daríamos? No, dulzura. Vinimos a darte placer toda la noche.

Sus cálidos ojos marrones cambiaron a ámbar y olfateó nuestro aroma con una inhalación lenta de sus fosas nasales. Ella no podía ignorar a la biología; la innegable atracción sexual entre nosotros era algo que iba más allá. Sabíamos que ir a su casa la haría sentir más cómoda.

Por mucho que la quisiéramos en nuestra casa, en la tierra de nuestra manada, no haríamos ese viaje esta noche. Probablemente ni siquiera mañana. Le daríamos todo el tiempo que necesitara para asimilarlo. También necesitábamos averiguar por qué diablos tenía este trabajo de desnudista. Ella podría hacer este tipo de espectáculos solo para nosotros cada que vez que se excitara, pero dudábamos de que se exhibiera de esta manera solo por gusto. No, por la forma en que se había rendido a nosotros, tenía la sensación de que ella realmente quería ser solo nuestra. Nuestra chica tenía una razón más allá del placer para estar aquí, y fuera la que fuera, nos

encargaríamos de ello. Era nuestro trabajo ahora cuidar de ella.

—Tengo otro show en un momento. —Miró hacia la puerta.

Ben se puso de pie y le acarició el cabello una vez más.

—Me ocuparé de ello.

—El único show que harás a partir de ahora será para nosotros.

Vi un gesto de inquietud en su mandíbula. Parecía que sabía que no debía discutir con nosotros, pero no le gustaba.

—Hora de irnos.

Bajando la mano, empezó a subirse las bragas.

Detuve el movimiento con una mano para luego hacerme cargo de la tarea, pero en vez de subirle las bragas, se las bajé hasta los pies.

—Sin bragas hoy, nena. Te quiero desnuda y lista para mí. Levanta tu pie. Buena chica. Ahora el otro.

Ella cumplió y yo metí el pedazo de tela húmeda en un bolsillo, le cogí la mano y la llevé por el club por última vez.

4



SHELBY

VINIMOS a darte placer toda la noche.

No pude negar la oleada de lujuria que experimenté al oír esas palabras. Fui incapaz de rechazar la oferta.

Aunque... más que una oferta había sido una demanda, y tal vez, esa era la razón por la que estaba nerviosa.

—*Estrella*, ¿estás bien? —Roscoe preguntó, mirando a Ben, quien probablemente le había dicho alguna mierda machista sobre la razón de mi renuncia. Gibson gruñó al escuchar mi nombre artístico.

—Estoy bien, pero me tengo que ir.— Levanté una mano en un gesto para tranquilizarlo y evitar su acercamiento. Lo último que necesitaba era un altercado entre dos lobos hormonalmente excitados que defendían a su pareja aún sin reclamar y el dueño del club nudista y sus gorilas.

Posé una mano en el pecho de Gibson, poniéndome de puntillas para susurrarle al oído, aunque no era necesario que me acercara para que él escuchara, incluso con la música a todo volumen.

——Si vosotros dos hacéis una escena, yo no voy a ninguna parte —advertí, aunque sabíamos que fácilmente podían cargarme al hombro y llevarme.

Esa era la parte que me asustaba.

Encontrarlos aquí, lejos de otros como nosotros, significaba que no tenían a nadie que respondiera por ellos, nadie que los conociera. Especialmente si eran de otra manada. Clint se había revelado como un ejecutor el otoño pasado, pues su trabajo de proteger a los metamorfos era un duro recordatorio de que en nuestro mundo también existían vándalos y malechores. Al

salir del club, no tendría a nadie que me protegiera de ellos de ser necesario.

La mirada nerviosa de Gibson al escuchar mis palabras me relajó un poco. Se había tomado mi amenaza en serio. O me había tomado en serio a mí, de cualquier modo.

Me puso un brazo alrededor de la cintura e intentó fruncir el ceño.

—Lamentamos las molestias, pero *Estrella* no regresará.

—¿Estás segura de estos tíos? —Roscoe me preguntó. A pesar de todo, era un hombre decente.

Tragué saliva. Debería estar a salvo con ellos. Al ser su compañera, ellos deberían estar preparados para protegerme y proveerme. Aunque, eso no cambiaba que fueran unos gilipollas prepotentes durante el proceso. Después de todo, solo estaban informándonos a mí y a mi jefe que dejaba el trabajo. Sin mencionar las nalgadas que me habían hecho llegar al orgasmo en primer lugar. Por supuesto, había disfrutado mucho de eso.

Ese pensamiento me hizo mojar. *Aun más.*

Las fosas nasales de Gibson se abrieron como si pudiera oler mi excitación.

—Sí —me las arreglé para decir, sonando ligeramente sin aliento—. Estoy a salvo.

Roscoe no parecía convencido, así que le mostré una sonrisa culposa.

—Lo siento. Solo voy a buscar mis cosas.

—Si te vas, no te pagaré el turno de esta noche —dijo Roscoe.

—No le hables así... —Ben empezó, pero Gibson se interpuso—. No hay problema.

No era un problema para *él*. Dudaba que él tuviera facturas que no pudiera pagar. Necesitaba el dinero, pero sabía que no me dejarían volver al escenario sin pensar en desatar una pelea en bar.

—Iré a limpiar mi casillero —dije rápidamente, escapando al baño de damas que también servía de vestidor para las bailarinas de Hoedown.

No me molesté en cambiarme de ropa, tampoco me detuve a pensar si era porque no quería ponerme un nuevo par de bragas después de que mi nuevo dominante compañero me hubiera despojado de las últimas y me ordenara que me quedara desnuda. Era algo que no podía evitar, la obediencia estaba en mi naturaleza. Cogí mi bolso y la bolsa de ropa de mi casillero y me encontré con Ben y Gibson en la puerta.

Gibson tomó mi mano en la suya y fuimos afuera. Allí, me giró para mirarlo y me puso las manos suavemente sobre los hombros.

—No tengas miedo, gatita. Vamos a cuidar bien de ti.

No contesté. Estaba segura de que así sería, pero *cuidar bien* podía interpretarse de muchas maneras diferentes. ¿Y si tuviéramos definiciones diferentes? Mi padre no había cuidado bien de mi madre. Cuando yo era pequeña, ella era ama de casa. No había pensado que necesitaría una carrera fuera del hogar. Entonces, ¡bum! Un día, cuando era adolescente, mi padre se levantó y se fue. Ella se las había estado arreglando por sí sola desde entonces.

Rápidamente se ahogó en su hipoteca y facturas de tarjetas de crédito mientras intentaba

encontrar un trabajo que pagara más que el salario mínimo. Así que a los dieciséis años conseguí un trabajo para después de la escuela, y había empezado a trabajar para ayudarla a pagar las cuentas desde entonces. La universidad nunca había sido una opción. En cierto momento, me di cuenta de que vivir con ella no era saludable y me mudé, pero ella seguía dependiendo de mí con su hipoteca y otras facturas sorpresa. Mi salario como instructora de esquí y guía de rafting más el dinero de mi pequeño bar de jugos apenas pagaban mi propio alquiler, y así fue como terminé en Hoedown. El dinero era bueno, y las horas no interferían con mi otro trabajo.

—Escuchad. —Él me tomó el rostro en su mano y me pasó el pulgar por la mejilla.

No había sido intencional, pero mi cuerpo respondió automáticamente a su toque, inclinándome hacia su mano. Mi mirada se encontró con la suya, entre el brillo rosa del cartel de neón.

—Te siento temblar, muñeca —murmuró. Su voz era profunda pero el tono era suave—Sé que no te sientes segura con nosotros. Pero crees que estás a salvo, ¿verdad?

Esa pregunta otra vez. Cerré los ojos. Mi loba se sentía segura. Joder, aunque mi loba también se sentía excitada, así que tal vez no era la mejor jueza. ¿Lo era?

Cuando volví a abrir los ojos, lo encontré mirándome tan intensamente que me provocó un escalofrío que me recorrió todo el cuerpo.

—Sí.

—Buena chica. —Asintió.

Sus palabras me excitaron. Era ridículo lo mucho que quería ser su chica buena.

—Ben conducirá tu coche. Ve con él y dale indicaciones, ¿de acuerdo? —Esperó mi respuesta. Él era el alfa, estaba segura de ello, pero de igual forma prestaba atención a mis emociones.

Respiré profundamente y exhalé.

—Yo... ¿Vais a reclamarme? —Me encontré con su mirada y deseé que las piernas dejaran de temblarme. Había anhelado que me reclamaran toda mi vida, pero ahora que era inminente, me asustaba. Estaba sintiendo demasiado, y demasiado deprisa.

Sus mordidas de reclamación... impregnarían su olor en mi piel para siempre. Me marcarían como suya. Una vez marcada, no habría vuelta atrás. Y no tenía ni idea de cómo sería todo el proceso con dos machos.

—No sin tu consentimiento. —Miró a Ben, quien se movió para estar a nuestro lado. Asintió.

—¿Me lo prometéis? —No podía retrasar lo inevitable. No podía luchar contra el destino. Tal vez mi resistencia al hecho era porque creía que todavía tenía algún control sobre mi futuro. Mi loba confiaba en ellos, pero yo no. *Ni siquiera los conocía*. Por la forma en que mi padre había huido, ¿podría confiar en un hombre aun después de que me reclamara?

—Tienes mi palabra de alfa —me prometió Gibson.

—Tienes mi palabra como tu compañero y como ejecutor del consejo —me prometió Ben.

Alfa. Ejecutor del Consejo. Santo cielo. Mi loba sí que sabía escoger compañeros.

Me relamí los labios y ambos siguieron el movimiento de mi lengua; sus ojos cambiaron de color. Una ráfaga de lujuria me atravesó. Miré hacia abajo. A juzgar por las protuberancias en sus pantalones, todos la sentimos.

—Vamos —dijo Ben, tomándome el codo—. ¿Dónde está tu coche?

Todavía no estaba segura de en qué me estaba metiendo, pero ya no había vuelta atrás. Incluso si quisiera alejarlos, nunca se irían. No sin llevarme con ellos. Llevarlos a mi casa sería lo mejor. Especialmente porque eso me llevaría de nuevo al territorio de la manada.

Si tan solo pudiera convencerlos de quedarse en Cooper Valley…

Pero yo sabía que era imposible. Gibson era alfa. *Un alfa.* Tenía una manada que liderar... y eso era algo que debía hacer durante toda su vida. Él no podía simplemente huir a Montana para jugar a la casita. Ningún macho dejaba su manada por una hembra.

Ni siquiera cuando era su única y verdadera compañera.

5



BEN

—NECESITO PROBARLA —gruñí lamiéndome los labios.

Gibson y yo habíamos compartido mujeres antes, pero esta vez me resultaba muy difícil definirlo como alfa. El camino de regreso fue exasperante, pues el aroma de excitación de nuestra bella compañera que empapaba el asiento del coche me tenía más duro que una piedra y casi perdiendo la cabeza por la necesidad de reclamarla. Especialmente al verla con esa pequeña falda a cuadros que ni siquiera le cubría el culo al sentarse, lo cual significaba que ese coño desnudo y mojado se presionaba contra el asiento. Además de ver la forma en que su pequeña blusa abierta me permitía deleitarme con sus pechos voluptuosos, no era de extrañar que me hubiera aparcado a un lado de la carretera para tomarla antes de llegar a su modesta casa finalmente.

Gibson la tomó de cara a mí, dentro de la sala de estar. El espacio era tan reducido... que la sala de estar, el comedor y la cocina eran todo un mismo lugar. Él comenzó a quitarle lentamente la blusa.

—¿Estás bien, pequeña loba? —Tomó sus dos pechos desnudos, pasando los pulgares por los pezones.

—Sí, papi. —Su voz era apenas un susurro, sumergida en el mismo deseo que nosotros, mientras dejaba caer la cabeza.

Papi, oh, mierda. No tenía ni idea de lo que esa palabra producía en mí, aunque encajaba perfectamente. Gib y yo éramos dominantes y protectores. Deseábamos cuidar y proveer a nuestra pequeña loba. Si ella quería llamarnos *papis*, yo no me quejaría.

Más que bien. Me tenía reventando los vaqueros.

Gibson bajó la cremallera de la falda y la diminuta prenda cayó al suelo para unirse a la parte

superior.

Los ojos me cambiaron de color para agudizar la visión. Nuestra compañera estaba completamente desnuda ante nosotros con unas sexis rodilleras y los tacones de colegiala. Joder, era impresionante.

—Nunca dejaremos que otro macho vea lo que es nuestro —gruñí con la sensación de posesividad cernida a la garganta. Puse el sombrero en una mesa y comencé a quitarme la camisa.

Noté que ella no estaba de acuerdo con lo que le había dicho, incluso se había mordido los labios para no decir palabra, lo que hizo que mi lobo aullara.

Gib también lo notó.

Continuó estimulando los pezones, poniendo la boca cerca de su oreja.

—Ahora te proveeremos. No tendrás que volver a esas andanzas para ganar dinero nunca más.

Ella levantó la barbilla enderezando su postura e hizo que los pechos llenaran aun más las palmas de Gib.

—Tal vez me apetezca ir allí y bailar.

Sus ojos cambiaron a ámbar.

—*No más desnudarse.* —No creí que fuera su intención, pero el tono alfa inundaban sus palabras.

Las rodillas de Shelby flaquearon, incluso mi cuerpo reaccionó al mando, y me congelé en el lugar. Antes de que sus rodillas tocaran el suelo, Gibson la tomó en brazos y la llevó al futón.

—Lo siento, gatita. Te quiero de rodillas, pero quiero que lo hagas porque así lo deseas. Dinos que no te desnudarás más, así no tendremos que volver allí y quemar el lugar y sacarle los ojos a todos los gilipollas que te hayan visto.

Gibson se instaló con Shelby en su regazo. La tiró hacia atrás, así que ella se apoyó en su pecho con las rodillas a horcajadas sobre los muslos de él, hacia afuera. Tomó sus muñecas y se las puso detrás de la cabeza, empujando sus pechos hacia arriba para que yo pudiera lamerlos.

—Mantén tus manos aquí, gatita, o recibirás otras nalgadas, ¿entiendes?

Tomó unos de los pezones entres los dedos y apretó un poco para mostrarle exactamente lo difícil que podía ser seguir sus instrucciones.

Ella jadeó pero no se movió. Mirarla tendida en el regazo de Gib producía una escena muy excitante. Me desabroché el botón de los pantalones y bajé la cremallera para finalmente liberar mi erección.

Gib asintió hacia mí y luego le separó las rodillas, lo que prácticamente la abrió para mí. Me agaché entre las piernas de Shelby tomando sus muslos sedosos, sosteniéndola justo donde yo quería.

Joder. Su sexo estaba desnudo, muy rosado y reluciente. Sus pliegues internos eran carnosos y dejaban ver bien el clítoris, justo ahí, duro y excitado.

No esperé ni un segundo más. Bajé la cabeza y pasé la lengua entre sus pliegues resbaladizos. Ella jadeó y se sacudió en mi boca mientras le decía:

—Responde a tu alfa.

—Y llámame papi cuando lo hagas —añadió Gib.

Mi boca y mi barbilla se cubrieron de sus fluidos, de la excitación producida por la estimulación de mi lengua. Sus jugos corrían como un néctar. El comando alfa de Gibson solo la había hecho mojar más. Sus ojos brillaban de un color ámbar, y su cuerpo aún estaba sumergido en la rendición. No estaba seguro de que me hubiera entendido.

Gibson tomó uno de los pezones.

—Gatita, necesito tu respuesta.

—Sí, papi alfa —tartamudeó.

No estaba seguro de que ella tuviera, en este momento, claridad en la mente para entender lo que estaba aceptando, pero tendría que ser así por ahora. Podríamos volver a su actitud anterior después de que le enseñáramos a confiar en nosotros.

Deslicé las manos bajo su culo para mantenerla quieta mientras me daba un festín con su coño.

—Quiero oírte llamarme papi, también.

—Sí, papi dos. —Había empezado a mover las caderas, con ojos de diablilla por la excitación.

Le di una pequeña palmada sobre el clítoris.

—Solo *papi*, a menos que quieras llamarme papi ejecutor y enfrentarte a tu castigo.

Eso hizo que su sexo emanara aun más el fresco néctar, desatando en mí un frenesí que me llevó a lamerlo todo como un hombre hambriento.

Nunca nada había sabido tan bien. Su sabor me volvía loco. La estimulaba con la lengua, chupando y dando leves mordiscos a los labios externos, mientras la follaba con un dedo. Luego le levanté las caderas más arriba para rodearla, mientras la mano de Gibson se deslizaba desde su pecho, por el centro de su cuerpo, hasta llegar al clítoris.

Los gemidos colmaron la diminuta habitación. Sus piernas se levantaron al nivel de mis orejas. Levanté la cabeza para tomarme un momento y ver exactamente lo que nuestro toque le producía.

Gib asaltó el clítoris con varios chasquidos cortos y ligeros, y yo me moví para meterle un pulgar en el trasero. Como los machos de nuestra manada reclamaban a sus parejas juntos, un reclamo ideal ocurría cuando la hembra aceptaba a las dos al mismo tiempo. Uno de nosotros tomaría el trasero de Shelby, el otro su coño mientras la marcábamos. Mientras la hacíamos acabar hasta que quedase ronca y se desmayara por la intensidad de la sensación. Aparearse con dos cambiaformas machos al mismo tiempo era intenso.

—¡Oh, madre mía! Oh-oh-oh! —gritó estremeciéndose. El sudor empezaba a florecerle en la piel sedosa.

—Así será cuando te reclamemos. Yo en tu culo, Gib en tu coño.

Para unir las palabras a la acción, Gib hundió tres dedos en su sexo mientras ella se corría por nosotros, viéndose hermosa en su orgasmo. Su trasero se apretó fuerte alrededor de mi pulgar, rindiéndose al placer y ante sus compañeros. Luego se desplomó como una muñeca de trapo en el pecho de Gibson, con los brazos aún colgando libremente de su cuello.

—Buena chica —la alabó Gibson.

Saqué el pulgar, me senté sobre los talones y me quedé mirándola. Probablemente lo haría por el resto de mi vida, sorprendido de que fuera nuestra. Shelby era tan jodidamente sensible. Sabíamos que le apetecería que la estimuláramos por los dos lados, que la tomarámos completamente... y juntos. Estaba en su ADN. El destino no nos reuniría de otra manera. ¿Pero lo de sumisa? Eso fue solo la cereza del pastel. Me *encantaba* cuando nos llamaba papis.

—Mmm. —Me miraba con los párpados pesados. El color de sus iris gradualmente cambió a su inusual tono canela—. ¿Tenéis condones? —preguntó mientras se lamía los labios secos.

Algo tembló bajo mis costillas. Los lobos no teníamos enfermedades de transmisión sexual, así que su petición significaba que no estaba dispuesta a llevar nuestros cachorros. Y volvíamos de nuevo al hecho de tener que ganarnos su confianza y aceptación. Ella aún no confiaba, y necesitábamos recordárselo, no importaba lo seguros que estuviéramos de que era nuestra. Los machos estaban más seguros del olor de su pareja que las hembras. Sabíamos que era nuestra, y significaba que era nuestro trabajo demostrarle que éramos dignos de su confianza y de su fertilidad. Debíamos demostrárselo. Y si eso significaba llenar un condón con nuestra semilla en lugar de su vientre la primera vez en penetrarla, que así fuera.

Gib sacó su cartera del bolsillo y la sostuvo como respuesta. La energía regresó al cuerpo de ella, y ella se volvió hacia él para desabrocharle los jeans mientras se arrodillaba por delante.

Me aparté de su camino porque... joder, nuestra compañera no era tímida.

Los ojos de Gib resplandecían en amarillo cuando prácticamente me arrojó su cartera para que sacara un condón. Él gimió cuando ella liberó su prominente erección. Encontré el condón y lo abrí; liberé mi propia erección y la envolví con él. Shelby elevó el culo hacia mí mientras se apoyaba en los codos, entre las piernas de Gib, y deslizaba esos labios carnosos sobre su glande. *Joder.*

—¡Maldición! —Gib dijo. Su excitación y pérdida de control me estimuló, pero aún así me acordé de pedirle consentimiento a mi compañera.

—¿Quieres que papi Ben te folle, gatita?

Movió las caderas sacando la erección de Gib de su boca lo suficiente para mirarme por encima del hombro, revoleando el cabello.

—Mmm… hmm.

No estaba inhibida ni sosegada. No era que me imaginara que ella lo fuera después de ese espectáculo en el escenario de Hoedown. Era dulce y sumisa. Perfecta. Y nuestra.

Gib la tomó de la cabeza y la guio de vuelta a su polla ya lista.

—Tus papis te van a follar tan fuerte que rogarás que te reclamen, gatita —prometí, rozando la cabeza de mi polla en los jugos que aún podía saborear en la lengua.

Hizo un sonido apagado en acuerdo con la boca llena de la polla de Gib.

—Así es, nena, llévame profundo —la animó Gib, poniéndole una mano en el cuello.

Antes de saber lo que estaba haciendo, la penetré hundiéndome hasta los testículos. Se atragantó un poco con el miembro de Gib antes de que él le sujetara los hombros para mí. Agarré sus caderas para darle más estabilidad, me retiré un poco y volví a penetrarla una vez más.

Cielos.

No había otra palabra que pudiera describir lo increíble que se sentía estar dentro de mi compañera. Caliente, apretada, mojada. Y nos estaba tomando a los dos. Estaba justo ahí con nosotros.

Nuestra compañera. *Nuestra bendita compañera.*

—Gatita —murmuré—. Te sientes tan bien. —Me obligué a disminuir la respiración, a mantener mis caricias suaves, pero mi deseo era hacer que se corriese infinitamente.

Comenzó a succionar más deprisa y con más entusiasmo por Gib, como si mi placer se transfiriera directamente a ella.

Él enrolló su cabello alrededor del puño, usándolo para guiarle la cabeza sobre su abultada erección.

—Joder, nena. Te siento tan bien conmigo, también. —Su voz era ronca.

El sexo de Shelby goteaba de placer.

Aceleré el ritmo dejando que mis genitales se estrellaran en su perfecto culo. Cada vez que inhalaba, tragaba más de su aroma embriagador. Y cada embestida me acercaba más al borde. Quería follarla toda la noche, pero mis testículos ya se sentían apretados, bastante llenos por la necesidad de liberarme. Había estado esperando por este momento desde que capté su olor por primera vez unos meses atrás.

Shelby agarró la polla de Gib desde la base con ambas manos, acariciando en un movimiento circular mientras continuaba succionándola fuerte; sus mejillas se ahuecaban mientras él seguía sosteniéndole la cabeza, empujándola de arriba abajo en su polla.

—¡Joder! —gritó—. ¡No la reclames! —me recordó justo antes de que yo perdiera el control, penetrando a nuestra dulce compañera con un rápido y duro movimiento—. Me voy a correr —le advirtió a Shelby, pero ella no se inmutó.

Vi cómo Gib se liberaba; su placer de alfa nos llenaba a todos de delirio.

Quise esperar a que Shelby acabara con él y se tragara toda su semilla, pero no pude. Un escalofrío me atravesó comenzando en la base de mi columna vertebral. Mis muslos se apretaron aún más, y entonces rugí, enterrándome en lo profundo de ella y liberándome como si mi vida dependiera de ello.

Ese había sido el orgasmo más intenso e increíble que jamás hubiera tenido. Mi necesidad de reclamarla era tan poderosa, que era casi imposible de resistir.

—*No lo hagas.* —La orden de Gib me hizo apartar la cabeza y levantar el torso para evitar que mis caninos ya listos se hundieran en la tierna carne del hombro de Shelby.

Evitar marcarla fue más difícil de lo que había imaginado, pero me controlé, respirando hasta que mi visión regresó, aún moviéndome dentro de ella, porque ahora ella también se liberaba, con sus músculos apretando y pulsando alrededor de mi polla. Tomaba lo último que quedaba de semen en mis testículos.

—Gracias, hermosa —dijo Gib, acariciándole el cabello.

Ella me miró por encima del hombro con las mejillas sonrojadas, los labios hinchados, el cabello enredado entre los dedos de Gibson.

—Gracias, papi.

Su voz era miel pura y entraba en mis oídos como un segundo estimulante. El primero era su olor.

Tomé aire y me tranquilicé con ella. Todavía erecto. Dudaba de que fuera a ceder pronto. Solo una vez no sería suficiente. De ninguna manera. Esto había sido una prueba, una idea de cómo podría ser entre nosotros tres.

—Eso fue increíble.

Gib se deslizó en el futón, la levantó y la puso en su regazo. Ella accedió inmediatamente; su gruesa melena rubio oscuro caía en sedosos mechones por su pecho.

No sentía celos de que él la abrazara. No ocurría en las uniones de nuestro linaje, o era lo que me habían inculcado. Era extraño que en una especie tan territorial y posesiva con las hembras como la nuestra, la naturaleza y el destino se combinaran para lograr este raro giro. Una broma del destino, tal vez.

Me tomé un tiempo para observar cómo él la sostenía, para verla asentarse, quitarse los tacones y las rodilleras, luego me fui a la cocina para tirar el condón y conseguir un gran vaso de agua para nuestra compañera. Cuando volví, me senté a su lado.

—Necesito saber al menos quinientas cosas sobre ti antes de ir a dormir, gatita.

6



SHELBY

—¿QUIÉN dijo algo sobre dormir? —Levanté la cabeza y le sonreí a Ben, quien me alcanzó un vaso de agua.

Sus ojos se estrecharon.

Ya había follado antes con algunos metamorfos después de las carreras de la luna llena o durante los juegos de apareamiento, solo para desahogarme. Se había sentido bien y no era raro porque ambos sabíamos el resultado. A diferencia de los humanos que se unían a sus parejas emocionalmente y no por las feromonas, eso de tener amigos con beneficios funcionaba perfectamente con los cambiaformas.

Pero no había nada, nada comparado con lo que acababa de experimentar. No era solo tener a mi disposición la doble acción masculina, lo cual era algo que nunca había considerado antes, era porque se trataba de mis compañeros, definitivamente. Era como si mi cuerpo reaccionara al toque de ellos dos a cada momento. Mi cuerpo vibraba con una frecuencia diferente. Había explotado y me había transformado en algo totalmente nuevo durante el orgasmo. Fue una locura. Intenso. Poderoso. Y sin embargo... simple.

Los metamorfos estábamos acostumbrados a la desnudez. Acostumbrados a que otros nos vieran desnudos. Después de cambiar de forma en medio de una carrera, todos estaban desnudos. Por eso no era difícil para mí desnudarme. Estaba acostumbrada a estar desnuda delante de los demás.

Estar desnuda físicamente era una cosa, pero tenía la sensación de que estos dos verían cosas que no estaba lista para mostrarles. O sentir. O compartir.

El hecho de que me hubieran inducido al jueguito de llamarlos «papi» hacía sentir todo muy crudo y tierno. Y de hecho, me gustaba demasiado. Cada vez que llamaba a uno de ellos «papi»,

me mojaba más de lo que jamás habría pensado. El hecho de que me lo exigieran cada vez me hacía perder la cabeza, doblegándome. Completamente sumisa.

Solo habían pasado dos horas desde que nos habíamos conocido, y ya habían causado cambios en mí. Me sentía una persona completamente diferente. Mi vida había cambiado de rumbo de un segundo a otro. Y por eso, temía encontrarme muy seguramente en la posición de permitir que mis compañeros me reclamaran, pasara lo que pasara.

Incluso ahora, cuando mi razonamiento humano volvía, no podía sentir nada más que el más fuerte afecto por estos dos hermosos papis, y no sabía nada de ellos más que el tamaño de sus miembros. Era como si el concepto humano de amor ni siquiera se aplicara. Nuestros cuerpos solo reaccionaban a la sensación de estar cerca de nuestros compañeros. Y me agradaba.

—Oh, estaremos encantados de mantenerte despierta toda la noche, nena —replicó Gibson, enterrando los dedos en mi cabello otra vez. Se sentía bien. Era tranquilizador—. Pero Ben tiene razón. Definitivamente necesitamos aprender algunas cosas sobre ti, así sabremos cómo complacerte y mantenerte feliz.

Lo estudié. Su cabello era rubio, su barba bien recortada. Un físico bien formado y sólido. Estaba completamente vestido, excepto por los pantalones abiertos y la polla medio dura perpendicular a su vientre. Parecía satisfecho. Relajado. Como si su lobo no llevara el mando en ese momento, a diferencia de antes en el club.

—Tú primero —le dije—. ¿Profesión?

—Soy dueño de una cadena de tiendas de alimentos. Proporciono trabajo a muchos miembros de mi manada.

—¿Y realmente eres su alfa? —Había sentido el poder alfa en su mando antes, pero no sabía si era solo de una línea alfa o si ya había heredado la posición.

Asintió.

Era un alfa joven como Rob, el líder de mi manada. Probablemente significaba que ya había experimentado una pérdida, como la muerte de un padre, lo cual explicaba por qué sus ojos parecían mucho más envejecidos que el resto del rostro. Eso y la responsabilidad a la que se enfrentaba todos los días por el bienestar y la seguridad de los miembros de la manada. Sin embargo, se sentía relajado y tranquilo conmigo. Yo lo había llevado a ese estado. Claro que una mamada le haría cortocircuito a cualquiera, pero de igual modo me hacía sentir poderosa a mi manera el saber que le había dado esa paz.

Miré a Ben. Su cabello oscuro estaba desprolijo, su mirada era firme y uniforme. Los dos estaban tranquilos y relajados, pero Ben parecía ser más intenso.

—¿Estás en el consejo de metamorfos? —Le pregunté mientras miraba su pecho desnudo, en un físico macizo y musculoso.

Sacudió la cabeza.

—Soy un ejecutor. Por supuesto, ese es un secreto que no puedes compartir con nadie. Tu alfa y sus hermanos lo saben porque nos conocimos el otoño pasado.

Respiré hondo, espabilándome un poco. Los ejecutores de la manada tenían el peligroso y aplastante trabajo de llevar a cabo la justicia del consejo, lo que a menudo significaba que servían como verdugos.

—Gracias por tu servicio —murmuré, sabiendo que arriesgaba la vida todos los días para que el resto de nosotros pudiéramos estar a salvo.

La cara de Ben se suavizó en una sonrisa afectuosa.

—Puede que te guste jugar a ser la chica mala, pero en el fondo eres muy dulce, ¿verdad, preciosa?

Sacudí la cabeza.

—No soy tan dulce. —Él tenía razón en algo. Ser una chica mala *era* solo un papel al que me gustaba jugar. No me consideraba tan dura o fuerte. Tenía un papel de apoyo femenino de primera en la manada. Yo era la que ayudaba con las comidas al aire libre y las viandas. La que recogía los víveres y llegaba temprano para prepararlos. Me quedaba hasta tarde para limpiar. Me aseguraba de que todos fueran atendidos. De que estuvieran alimentados, nutridos. Saciados. Se sentía bien hacer que los demás se sintieran bien.

—No le mientas a tus papis. —Ben me rozó la mejilla con los nudillos, apartándome de mis pensamientos—. O tendremos que azotarte de nuevo.

Mis pezones se erizaron, y ambos machos lo notaron, sus fosas nasales se dilataron. Aun estaba húmeda, mi cuerpo ansiaba más, y ellos con una sola olfateada, se dieron cuenta de eso.

¿Esos secretos que quería guardar? Literalmente los olfatearían.

—Veo muchas nalgadas en su futuro, Ben —observó Gibson, con evidente diversión en el rostro y una pequeña sonrisa. Era una pequeña mueca de sus labios, pero al igual que Rob, tuve la sensación de que no sonreía mucho.

Sentí el calor elevarse a mis mejillas, moví el trasero en el futón, apretando los muslos para aliviar la incesante palpitación entre ellos. Había acabado hace poco. Dos veces. Y aun así, no fue suficiente.

—Hablando de nalgadas, todavía no nos has dicho por qué trabajabas en el club —añadió Ben—. ¿Lo sabe tu alfa?

Los miré, envolviendo los brazos alrededor de mi vientre.

—Ya os había dicho que lo hacía porque me apetecía.

—¿Desnudarte para extraños cachondos? —preguntó Gibson.

Asentí. No quería admitir ante ellos mis problemas de dinero. El orgullo era una de las razones. Pero algo más me frenaba. No quería depender de estos tíos para tener dinero. No después de lo que le vi pasar a mi madre. Entregarles mis preocupaciones económicas me haría completamente vulnerable y propensa a una futura devastación. Si me abandonaban como lo había hecho mi padre, entonces no tendría nada. Sin habilidades, sin trabajo.

—*Te apetecía*, en tiempo pasado —gruñó Gibson un poco de ese tono alfa en la voz que me hacía flaquear.

También hacía que el coño se me estremeciera. No tenía esta reacción con Rob cuando daba las órdenes de alfa. No. Él y todos los demás de la manada eran como hermanos para mí. Mi reacción era específica a este alfa en particular. Mi compañero. El que parecía disfrutar de ser dominante conmigo. Mi nuevo papi. Uno de dos.

Ben subió una mano por mi muslo para exponer mi sexo desnudo.

—Ella se desborda cada vez que haces eso —miró a Gibson.

Gibson gruñó satisfecho.

—No te preocupes, nena, pronto te daremos otra recompensa. —Me apretó uno de los pechos, pellizcando un pezón—. Después de que sepamos todos tus secretos.

—Pero...

—¿Ese era tu único trabajo? —preguntó Ben.

Negué con la cabeza.

—Soy instructora de esquí en el invierno y guía de rafting en el verano. Y tengo un puesto de jugos que dirijo en los mercados y eventos de los granjeros locales.

Gibson sonrió.

—Te gusta estar al aire libre. No puedo esperar a correr contigo. —Quiso decir como lobos, por supuesto—. ¿De qué color?

—Canela —Levanté un mechón de mi cabello color miel para mostrarle cómo era mi loba—. Parecido a esto.

—Muéstrame.

Ni siquiera sabía si me estaba hablando con su tono alfa en las palabras, pero mi cuerpo se transformó antes de que el pensamiento llegara a mi cerebro. Un minuto, estaba desnuda entre ellos en forma humana, y al siguiente, mi loba estaba de espaldas, mostrando su vientre a su nuevo alfa.

—Oh, cielos, es preciosa —retumbó la voz de Ben, frotando mi vientre mientras Gibson me acariciaba las orejas y la cara.

—Es la loba más bella que he visto nunca —Gibson estuvo de acuerdo—. Cambia, nena.

En segundos, estaba de vuelta, el cuerpo de Gibson encima del mío, sus labios encontrando los míos. Me besó con la ferocidad de un macho reclamador hasta dejarme sin aliento. Me besó hasta que sus caninos descendieron, y tuvo que alejarse de mí para no morderme y reclamarme.

—Sí —yo jadeaba mareada por la lujuria—. Marcarme la cara sería definitivamente una falta de apareamiento.

Ben se rio.

—Gatita, no entiendes lo difícil que es contenerse.

Puse una mano entre mis piernas para aliviar un poco las palpitaciones y de una vez sentí lo mojada e hinchada que estaba.

—¿Cuándo tendré mi recompensa? —Pude escuchar el gemido en mis palabras.

—Unas cuantas preguntas más —presionó Ben—. ¿Cuándo podemos conocer a tu familia?

Esa me tomó por sorpresa aunque supuse que debería haberla esperado. No eran de por aquí y querían reclamarme. Básicamente, estaríamos fusionando familias.

—Solo somos mi madre y yo —admití.

Gibson se acercó de nuevo, con su lobo relajado. Me acarició el brazo con el dorso de los nudillos—. ¿Tu padre está muerto?

—Mi padre se fue. —Me quebré un poco, dejando que algo de mi amargura adolescente se filtrara en las palabras.

Ambos machos se retiraron ligeramente. Era inusual que un macho abandonara a su pareja y a su cachorro, lo que lo hacía aun más humillante para mi madre y para mí. No habíamos sido rechazadas, pero sin embargo había sido vergonzoso. Todavía lo era.

—Por eso no nos dejas reclamarte todavía —dijo Ben suavemente, acariciándome la pierna desnuda con la yema de los dedos.

Algo retumbó en mi pecho. ¿Realmente era por el abandono de mi padres y no porque fueran prácticamente extraños? Si mi padre no hubiera sido un gilipollas, ¿estaría ya a medio camino de Wyoming con ellos?

Puede que sí.

—No confías en que te cuidaremos —añadió Gibson.

Lo miré.

—¿Por qué debería confiar? Nos acabamos de conocer.

Se instaló a mi lado.

—Porque somos tus compañeros. Lo sabemos. Tú lo sabes. Tu loba lo sabe. Es así de simple.

—Pero no para ti —añadió Ben.

No esperaba el torrente de emociones que venía con sus palabras. Yo era una mujer fuerte. Básicamente había cuidado de mi madre desde que tenía dieciséis años. No me veía a mí misma como una víctima o como una persona deprimida, pues me mantenía alegre y positiva. Pero de repente, las lágrimas me llenaron los ojos. Todas las lágrimas que había guardado de cuando mi padre nos abandonó.

—*No necesito* que me cuidéis.

Gibson se pasó los dedos por la barba.

—Eres una chica valiente. ¿Lo necesitas? Tal vez no. ¿Lo quieres? Definitivamente. Solo debes soltarte y te ayudaremos a llevar todas tus cargas. Tus papis se encargarán de todo.

Los hombres dejaban cargas. No las quitaban. Y aquí estaban Gibson y Ben diciéndome lo contrario.

—Sí, ¿igual que mi padre? Claro. —Apreté los labios, dándome cuenta de que lo había dicho en voz alta—. Oh, joder —Me ahogué, presionando el dorso de las manos en mis ojos para ocultar las lágrimas.

Gibson quitó mis manos mientras Ben pegaba su cuerpo contra el mío, con un brazo rodeándome la cintura, todos estábamos sentados apoyados contra la pared detrás de mi futón.

—Nunca escondas tus lágrimas de nosotros, Shelby —dijo Gibson—. Tu dolor es nuestro.

Había oído que las lágrimas de una loba apaciguaran a su pareja. Era una de las formas que la naturaleza tenía para equilibrar la diferencia de poder. Eso prevenía o reducía las probabilidades de violencia doméstica en las parejas que duraban toda la vida. Ben y Gibson se apiñaron cerca, me envolvieron entre ellos, entre sus cuerpos. Me daban refugio. Me protegían.

Gibson lamió una de mis lágrimas y luego apoyó la frente en mi sien. Ben me masajeaba la nuca.

—No somos como tu padre. Nunca te dejaremos —prometió Ben.

—Nunca —juró Gibson.

Escalofríos me recorrieron el cuerpo. Estaba segura de que decían la verdad.

¿Pero entonces, por qué seguía siendo tan difícil confiar?

7



GIBSON

ABRÍ la puerta de la casa de Shelby con bolsas de comida del restaurante local. Había un surtido de pasteles, huevos fritos, salchichas y patatas, panqueques, tocino, tortillas y tres cafés.

—¡Gracias al destino! —Shelby corrió hacia mí con nada más que un lindo par de bragas, dejando su hermoso cuerpo y coloridos tatuajes a la vista. Ben se acercó a ella y le dio una palmada en el trasero con un gruñido depredador.

Mi miembro se puso duro como el mármol al verla otra vez. Tan cómoda, tan jodidamente sexi. No estaba seguro de contenerme y dejarla comer algo si sus senos seguían rebotando así.

La habíamos hecho extasiarse cuatro veces más durante la noche, y todavía me sentía excitado por ella. Por supuesto, no la habíamos marcado todavía.

No duraría mucho tiempo si esperaba demasiado. A mi edad de alfa, estar cerca de mi compañera sin marcarla era una razón para caer en una locura lunar, seguro.

Ben sabía que yo estaba en problemas. La última vez que me liberé anoche, él tuvo que abordarme para sacarme de encima de ella. Estuve a centímetros de hundirle los dientes en su dulce carne cuando gritaba mi nombre y su coño latía alrededor de mi polla.

Necesitábamos convencerla pronto para que confiara en nosotros. Los lobos machos al captar el olor de su pareja solían ponerse ansiosos por marcarlas inmediatamente. Estaba en nuestra naturaleza. Sabía que marcar y reclamar eran lo primero, la confianza y la conexión seguían después.

El padre de Shelby le había hecho un daño enorme. Averiguaría su nombre por el alfa de ellos, y Ben y yo lo cazaríamos y acabaríamos con él por lo que había hecho. No solo a Shelby, sino también a su madre.

Mas allá del jueguito de papis que teníamos, no habíamos aparecido para ser padres sustitutos para ella. Seríamos sus compañeros, la trataríamos como a un igual. Queríamos que fuera la madre de nuestros cachorros, la hembra alfa de nuestra manada. Y seríamos los mejores padres que pudiéramos ser para nuestros cachorros.

¿Y en el dormitorio? Seríamos sus traviesos papis porque era lo que la excitaba. Y funcionaría, porque éramos el tipo de hombres que amaban, protegían, cuidaban y mimaban a nuestra hembra dentro y fuera del dormitorio.

Shelby me quitó las bolsas y las rompió en busca de la comida. Yo sonreí. Venía siendo responsable de mi manada desde que mi padre fue asesinado cuando trató de someter a su mejor amigo, quien había sucumbido a la locura de la luna, pero yo nunca había tenido este tipo de placer al proveer. Era un privilegio. Uno que había anhelado desde la primera vez que me escapé de preadolescente.

Esto era diferente a la responsabilidad que me pesaba sobre los hombros. Esto era solo una satisfacción. Verla tomar la comida y llevarla a su hambrienta boquita me hacía sentir tan enorme como una montaña.

Y verla hacerlo en bragas tan cortas... Tendríamos que establecer una regla de no llevar ropa estando en casa con nuestra compañera... me ponía duro como una roca.

Me senté en la pequeña mesa del comedor.

—Cuéntanos sobre los tatuajes. —Pasé el dorso de los dedos sobre las coloridas obras de arte.

Tomó un trago y luego los miró. Se encogió de hombros.

—Me hice el primero a los dieciséis años. —Señaló una libélula que estaba en la parte interior de la muñeca derecha—. Lo sé, demasiado joven para los estándares humanos, pero el artista era un tatuador metamorfo, obviamente, así que no seguía las leyes humanas.

Debido a nuestra capacidad de curación, tatuar a un cambiaforma sería imposible si no se mezclaba un poco de plata o sal en la tinta para que la herida se quedara lo suficiente para absorber el color.

—Obviamente no te detuviste en ese. —Ben tomó un sorbo de café.

Shelby se encogió de hombros otra vez.

—Me gustan. Son un recordatorio de cómo me sentí en ese momento.

La combinación de todos sus *momentos* era una mezcla salvaje, como ella. Una dicotomía de sentimientos y estados de ánimo. Caliente y frío, vibrante y... basado en su historia, tenue.

—Siempre estarán conmigo.

Ah, el quid de la cuestión. Ben se paró y fue a mirar por la ventana sobre el fregadero de la cocina. Se sentía como yo. Enfadado. Furioso. Con rabia ante la profundidad de los sentimientos heridos de ella. Sus problemas de abandono afectaban todo lo que hacía.

Le cogí la mano y ella se puso de pie, se acercó para pararse entre mis rodillas abiertas.

—Bebé, deja espacio para nuestros nombres allí. También seremos permanentes.

Se miró a sí misma pero no dijo nada.

—Estoy pensando en mi nombre aquí. —Rodeé con un dedo el pezón derecho—. El nombre de Ben podría ir aquí. —Me moví al mismo lugar sobre el otro pezón.

Ella jadeó y luego se alejó de mi agarre.

—Eso significaría dejar que otro macho vea mis pezones de nuevo. Pensé que ya no estaba permitido. —Me lanzó una sonrisa descarada.

—Ah, es más obediente de lo que aparenta —le dije a Ben mientras la tomaba de nuevo y la llevaba a mi regazo—. Bien. —Me acaricié detrás de su oreja—. Solo queremos darte unas nalgadas por ser tan buena chica.

Se movió sobre mi miembro, el olor de su dulce humedad nos decía que le encantaba esa idea.

—Hablando de nalgadas —la voz de Ben retumbó—, tenemos que preparar ese culito para ser reclamado. Para que ambos podamos estar dentro de ti cuando te marquemos con nuestra mordedura.

Los músculos de Shelby se tensaron sobre mi polla y un escalofrío la atravesó.

—Oh, joder. —Empujé las bragas a un lado y hundí dos dedos dentro de su sexo chorreante. Ella echó la cabeza hacia atrás en mi hombro—. ¿Acabaste, gatita?

Sus músculos se apretaron de nuevo, esta vez alrededor de mis dedos; esa pequeña vagina apretada se apoderaba de mis dedos. Mi visión se agudizó, y el suero para marcarle la carne salió de mis dientes, pero disipé el impulso mientras bombeaba los dedos en ella bruscamente.

—¡Oh, madre mía!—Se movía con desespero, apuntando los pezones erectos hacia el techo cuando el orgasmo la atravesó.

Ben y yo la observamos fascinados mientras volvía en sí. Sus párpados se abrieron de nuevo y levantó la cabeza de mi hombro.

—Es como la luna llena multiplicada por cincuenta —dijo con asombro—. Parece que no puedo tener suficiente.

—No tienes ni puta idea de lo que nos estás haciendo, gatita. Cómo te has metido bajo nuestra piel. —Mi control estaba empezando a romperse—. Tengo una idea. —La levanté de mi regazo—. ¿Dónde está tu artista tatuador?

—¿Alan? Vive en la ciudad. —Se tocó los pechos como si pensara en el lugar que sugerí para nuestros nombres—. ¿Por qué?

—Llámalo. Vamos a tatuarnos tu nombre en nuestros cuerpos.

—Joder, sí —Ben estuvo de acuerdo.

—Te demostraré que somos tuyos —dije—. Para siempre.

8



SHELBY

BEN SE QUITÓ la camisa y se sentó al revés en una de las sillas de la cocina de Alan.

—Quiero el nombre de Shelby en letras grandes en mi espalda —le dijo.

Alan, un mestizo de cincuenta y tantos años que nunca se transformaba pero que aún seguía siendo parte de la manada, inclinó la cabeza a un lado para considerarlo.

—¿Colores? —Su profesión habitual era la de artista de cerámica, pero su habilidad con la tinta le había llevado a convertirse en uno de los artistas tatuadores cambiaformas más solicitados del Oeste.

Ben me miró.

—¿Qué te parece, gatita?

Alan resopló.

—Nunca había oído a nadie llamar a una loba *gatita*.

—Me gusta —le dije. Es curioso como ya estaba defendiendo a mis compañeros. Reclamándolos. Me apetecía el sobrenombre. Me hacía sentir inocente y cuidada—. Pienso en azul.

—Azul. —Alan esbozó las letras en un gran papel primero para el tamaño y el espaciado, y luego preparó su máquina con la tinta y un poco de polvo de plata.

—¿Estás seguro de que quieres hacer esto? —le pregunté. Su decisión se sintió tan impulsiva como todas mis decisiones de hacerme tatuajes. No me arrepentía de ninguno de mis tatuajes, pero tampoco me había tatuado el nombre de alguien en la piel.

—Eres nuestra compañera. Quiero que todo el mundo lo sepa —gruñó Ben.

Alan miró desde Gibson a Ben.

—¿*Nuestra* compañera? ¿Sois de la manada de Wyoming?

Gibson asintió en silencio.

Alan parecía impresionado.

—Guau. —Me miró—. Encontrar a tu compañero y darte cuenta de que son dos machos... ¿cómo te sientes al respecto?

Gibson se sentó en una silla junto a Ben y me llevó a su regazo. Parecía ser mi nuevo hogar. No era que me estuviera quejando. Su cuerpo se sentía robusto y sólido debajo de mí, sin embargo, su agarre era tierno.

—Um...

—Todavía se está adaptando —dijo Gibson. Llevó la nariz a mi nuca e inhaló profundamente, haciéndome cosquillas en la piel con la barba.

No estaba segura de si Alan tenía la habilidad de olfatear que no me habían marcado todavía. La verdad era que mi resistencia era inútil. No podía luchar contra el destino. Bueno, sí podía, pero significaría enviar a Gibson a la muerte por la locura lunar, y obviamente nunca dejaría que eso ocurriera.

Además, *no quería resistirme* a mis compañeros. Cuanto más tiempo pasaba con ellos, más feliz me sentía. Una felicidad profunda que no creía posible. Me hacía creer que tal vez toda esta conexión biológica era suficiente. Tal vez, después de todo, sí tendría la felicidad para siempre, a pesar de mi instinto de agazaparme y huir de ella cuanda la delante de mí.

—¿Dónde debería tener tu nombre tatuado? —me preguntó Gibson, extendiendo los brazos y manos para la inspección—. Quiero un lugar más visible. Donde todo el mundo lo vea, todos los días.

—Aquí mismo. —Le apreté el bíceps derecho, que era duro como una roca y hermoso como el arte cincelado en mármol.

Cuando Alan terminó el boceto del tatuaje de Ben, me senté en el regazo de Gibson y... lo disfruté. Su aroma era embriagador y poderoso, lo tenía girando a mi alrededor. No tenía ni idea de que pudiera ser tan potente. Que podían ser tan... viriles. Poderosos, pero gentiles conmigo. Cariñosos. Protectores. No solo eso, sino también muy pícaros. ¡Dios, qué me habían hecho! ¡Qué habían hecho conmigo! Mi núcleo se apretó con ganas de más. Con la excitación ferviente al pensar la escena de la forma en la que me reclamarían, follándome al mismo tiempo.

Disipé los pensamientos. Habían estado estimulándome el trasero, preparándome para tener más que un dedo o dos dentro de mí. Sus pollas eran grandes, e iba a ser...

—¿Por qué te retuerces y suspiras así? —me susurró Gibson.

Me sonrojé y no dije nada. Alan, con sus oídos de metamorfo, oiría cualquier cosa que dijéramos, incluso con el zumbido de la aguja del tatuaje.

Solo moví la cabeza y él me mordisqueó la oreja. Nunca había jugueteado de esta manera con alguien que tuviera barba, se sentía suave y me daba cosquillas. *En todas partes.*

—Más tarde, gatita. Lo que sea que estés pensando, te lo haremos después. Prometido.

Gibson inhaló, y sentí su pecho retumbar a mi lado. Sí, acababa de darse cuenta de lo mojado

que estaba.

———

MI TELÉFONO sonó y miré la pantalla.

—Es mi madre. —Me deslicé del regazo de Gibson—. Vuelvo enseguida.

—Dile que estamos deseando conocerla —dijo con un tono profundo.

Sentí mariposas en el estómago. Esto estaba sucediendo realmente. Iba a llevar a estos dos lobos a casa a conocer a mi madre. Presentaría a mis nuevos compañeros.

—Hola, mamá. —Salí para tener algo de privacidad.

—Hola, cariño, ¿cómo te va? —Mi madre parecía cansada. El hecho de tener dos trabajos la había envejecido antes de tiempo, pero era fuerte de espíritu y siempre tenía una sonrisa, aun en los momentos más difíciles.

Nunca me pregunté por qué no tomó otro compañero. La amaba con todo mi corazón. Era abierta y generosa, cariñosa y amable. Tenía que haber un cambiaforma por ahí en el que estuviera interesada. Muchos metamorfos nunca encontraban su pareja verdadera y simplemente se establecían con alguien compatible. Eso era más común que encontrar a la verdadera pareja, honestamente.

Pensar que mi madre debería intentarlo de nuevo no se me había pasado por la cabeza hasta ahora, supongo porque no sabía lo que se sentía estar con mis compañeros. Ahora, sin embargo, podía ver que mi padre era una especie de cambiaforma, y Gibson y Ben eran otra.

Mamá se merecía que alguien la cuidara. Además de mí.

—Mmm, bien. Realmente bien. —Me estiré en la luz del sol. Sentía el cuerpo algo adolorido por todo lo sucedido anoche. El dolor desaparecía inmediatamente, ya que era una metamorfa, pero todavía sentía rastros del contacto. Me habían follado al extremo y muy, muy a fondo. Y no solo uno, sino dos. Mi corazón se aceleró al pensar en mis compañeros y en cómo me querían reclamar. Sí, todavía desconfiaba de ellos, pero en el fondo sabía que eran míos. Y yo era suya.

No podía esperar a decírselo a mamá. Aunque no me lo había dicho directamente, la había visto mirar con nostalgia a la pequeña Lizzie y a Lily, las nuevas bebés de la manada. Ella quería nietos, y yo era la única que se los podía a dar. Había sido un sueño lejano, hasta ahora.

Si no hubiera hecho que usaran condones la noche anterior, tal vez podría haber sido una realidad ahora. Me puse una mano sobre el estómago pensando en la posibilidad. Ya no era un pensamiento tan desalentador como lo había sido no más de doce horas antes. Un cachorro. Dios, lo podría pensar ahora.

—Tengo noticias —comencé.

—Quieren que dirijas el programa infantil de la escuela de esquí la próxima temporada, ¿no?

Le mencioné la posibilidad unas semanas antes cuando el centro turístico cercano cerró por la primavera. El trabajo sería bueno, y habría un aumento de sueldo, pero no empezaría hasta el

próximo invierno.

—No me han dicho nada todavía. —Me acerqué a la camioneta de Ben y me apoyé—. ¿Qué pasa? Dime primero qué ocurre.

—Um. Mis noticias no son buenas. Perdí el trabajo en el motel.

Oh, mierda. Me congelé en el lugar, esperando escuchar el resto.

—La sobrina del jefe se gradúa de la universidad y regresa a Cooper Valley. Ella se hará cargo ahora.

—¿Se hará cargo ahora? —pregunté—. Eso significa que vas a hacer otra cosa. Le *han cedido* tu lugar.

—Me quedan dos semanas, así que eso es bueno. Tendré ese tiempo para encontrar otra cosa. Tal vez en Meade.

Fruncí el ceño.

—Mamá, trabajas en el supermercado el resto del tiempo. ¿Crees que tendrás tiempo para buscar algo más? ¿Y en Meade? —Empecé a caminar por la acera—. Eso está a cuarenta y cinco kilómetros de aquí. Tu coche no puede hacer ese tipo de viaje de ida y vuelta todos los días.

Pagué por los neumáticos nuevos en el invierno porque los otros estaban muy desgastados y no eran seguros. Pero eso no hacía que el motor fuera fiable, y no había dinero para un reemplazo.

—Algo surgirá. Siempre pasa.

Me dejé caer para sentarme en la acera y apoyé la frente en mi mano.

—Esto es horrible.

Ella suspiró.

—No es tu problema, Shelby. Yo resolveré las cosas.

Pero no era así. Mi madre nunca había ganado más que el salario mínimo, lo que no le permitía pagar las facturas.

Necesitaba volver al Hoedown donde podría hacer dinero rápido, para que ella no se viera tentada a conducir hasta Meade todos los días. Solo pensar en ella en esas carreteras antes del amanecer me hacía enloquecer. Tenía que quedarme. Tenía que hacerlo. Ella necesitaba apoyo, y yo no podría hacerlo desde Wyoming.

Miré hacia la casa de Alan. Sentí una punzada de dolor en el corazón, sí, incluso después de menos de un día, después de estar con mis compañeros atiborrada de sensaciones y sexualmente satisfecha... varias veces. Mi loba quería estar con sus compañeros, y prácticamente me empujaba para volver a entrar y estar con ellos. Demonios, yo también los quería, pero mi madre me necesitaba. Ella confiaba en mí y no podía dejarla ahora. No podría pagar la hipoteca. O la segunda. O pagar el coche. O la electricidad. O la comida. Imposible con solo un el trabajo como cajera.

Todo era por culpa de papá. Este rollo, este interminable arreglo de parches y paños tibios era todo por él. No le quería en nuestras vidas porque era un gilipollas, pero si se hubiera quedado,

mamá no tendría que beberse cinco tazas de café al día por trabajar tan agotada. No tendría que debatirse entre si debía pagar la calefacción o la comida.

Me había enamorado de Gibson y de Ben, y de sus malvadas y hábiles pollas, en menos de un día. ¿Cómo podría construir los cimientos de una relación de por vida si resultaban ser como mi padre y me abandonaban? Fue positivo haber usado los condones. Me negaba a terminar como mi madre. Joder, la quería, pero no quería vivir atrapada en un ciclo de infortunios.

—Ahora, cuéntame tus noticias —dijo cortando mis pensamientos—. Escuché esa sonrisa en tu voz. Quiero oírlo todo.

Este era el momento en el que hacía la única cosa a la que estaba acostumbrada. Mentir para proteger a mi madre.

—Escuché que Lizzie ya gatea.

9



BEN

EN EL MOMENTO en el que Shelby entró de nuevo a la casa de Alan, presentí que algo andaba mal. Todo el rato desde que habíamos llegado a casa de Alan, ella había estado excitada, un tanto alzada, antes de tomar la llamada de la madre. Joder. Incluso se había sentado en el regazo de Gib como la chica buena que adorábamos mientras yo me hacía el tatuaje. Su picardía, su naturaleza amorosa, era evidente. Ella estaba siendo ella, su verdadero yo. Se sentía cómoda con Alan, confiaba en el metamorfo, lo que era obvio por la cantidad de tinta con plata que le había dejado ponerle en la piel. Se había sentido cómoda aquí y con nosotros. Ahora, parecía que solo estaba poniendo una fachada agradable. Como si fuéramos amigos y no sus condenados compañeros. Como si mi polla no hubiese quedado saciada en su coño mientras la penetraba.

Tenía que esperar hasta que nuestros tatuajes estuvieran terminados para tenerla otra vez solo para nosotros y poder preguntarle qué le pasaba. La espalda me picaba donde el polvo de plata se había incrustado junto con la tinta. Era una cantidad diminuta. El ardor era un recordatorio de que el nombre de Shelby estaría permanentemente en mi piel, algo que todo el mundo podría ver. Las lobas eran mordidas y marcadas con el olor de su pareja para saber que habían sido reclamadas, pero esto... Nadie cuestionaría a quién pertenecía yo. Lo mismo sería para Gib, quien se había hecho esta nueva marca en el brazo. Éramos de Shelby. Irrevocablemente.

Ella se había metido bajo nuestra piel. En sentido figurado y ahora literalmente.

Pero en el momento en que los tres salimos del lugar, nos dio una noticia aplastante para los dos.

—No puedo ir a Wyoming con vosotros —dijo, volviéndose hacia nosotros y cruzando los brazos sobre el pecho.

Maldije, se sentía como si alguien me hubiera golpeado en la boca del estómago, justo en las

entrañas, pero hice lo posible por ocultar mi reacción, como siempre lo hacía Gib. Considerando mi desempeño como ejecutor, me consideraba bastante sensato, pero cuando se trataba de Shelby, sentía que perdía la cabeza.

Me obligué a sonar casual.

—¿Qué te retiene, gatita? — Le cogí la mano e intenté captar su mirada. Gib hacia lo mismo desde su lado.

Sacudió la cabeza y no quiso mirarnos a los ojos. Sentía su molestia como si fuera mía. Sentía su confusión. Podía percibir la forma en que sus entrañas se retorcían y se amontonaban como un trapo mojado.

—Es solo que... es demasiado repentino. ¡Nos conocimos anoche! —Sus brazos se elevaron en el aire desde el cuerpo lleno de agitación—. Tengo una vida aquí. Trabajos que me apetecen. Mi manada me necesita.

Tenía la sensación de que había algo que no nos estaba diciendo. Todo lo que acababa de decir parecía sin sentido porque no actuaba como una mujer que acababa de encontrar a sus compañeros y que estaba completamente satisfecha con ellos. Miré rápidamente a Gib, pero no dijo nada.

—Bueno, me quedaré aquí contigo hasta que estés lista —ofrecí—. Te llevaré a visitar a Gib, ya que tiene que volver por la manada. Podemos resolver esto. Podríamos probar a larga distancia hasta que estés lista.

No era lo ideal, para nada, pero no iba a presionarla. Marcar a una pareja sin consentimiento era desmesurado.

—No, no quiero que te quedes —susurró. Un brillo de culpa se dejó ver en su expresión—. Podéis marcarme antes de marcharos. Sé que lo necesitáis. —Ella parpadeó sobre las lágrimas.

—A la mierda con eso —Gib espetó—. No vamos a reclamarte si no estás lista.

—No voy a dejar que te vuelvas loco —respondió ella, mirándolo y casi suplicándole con los ojos.

Gib respiró y exhaló.

—Me arriesgaré.

Shelby lo miró fijamente, aterrada, el miedo se arremolinaba en sus encantadores ojos azules.

—No puedes —susurró—. No puedo irme de aquí, y tú debes reclamarme.

Quería agarrarla y sacudirla, o azotarla y follarla, para que nos contara todas sus angustias y secretos, pero no la obligaría a hacerlo. Ella tenía que venir a nosotros voluntariamente, con todo su corazón y todo su cuerpo. Completamente. De lo contrario, no sería nuestra pareja al fin. Eso sería peor que no haberla encontrado nunca.

—Shelby —dijo Gib con una nota de severidad alfa en la voz—. ¿Qué está pasando? ¿Esto es por esa llamada?

Sacudió la cabeza, parpadeando deprisa.

—No quiero depender de vosotros. No estoy lista para comprometerme. —Caminó hacia la

camioneta, pero Gib la agarró por la cintura y la tiró hacia atrás.

No estaba lista para comprometerse, eso no tenía sentido. Ese era un sentimiento humano, no de una loba.

—No vamos a dejarte —dijo Gib con firmeza—. La dependencia no es una debilidad. Es fuerza. Es... amor. Te queremos, Shelby.

Nunca había oído a Gib tan abierto respecto a sus sentimientos, mostrándose tan vulnerable, pero en lugar de consolar a Shelby, sus palabras hicieron que las lágrimas se le arremolinaran en los ojos.

—Necesito ir a ver a mi madre —dijo con la voz ahogada por el llanto—. ¿Me llevarás a mi casa para que pueda coger mi coche?

Gib respiró hondo y suspiró.

—Te llevaremos de vuelta, gatita. Te daremos algo de espacio y tiempo para pensar. Pero esto no ha terminado. —Se frotó la barba—. En absoluto.

Shelby asintió, dulce como siempre, aunque la línea en su entrecejo mostrara un dejo de angustia.

SHELBY

EN EL MOMENTO en que mis compañeros se fueron, sentí como si me hubieran arrancado una extremidad. Cada célula, cada parte de mí, prácticamente gritaba para que volvieran.

Ben. Gibson. Mis compañeros. Mis papis. Mi mundo.

Maldición. Sin embargo, ya estaba de camino a la casa de mi madre como lo habíamos hablado.

La separación con Gibson y Ben se sentía como mil infiernos. Era como si estuviera magnetizada a ellos, como si todo mi ser se fuera a expandir y a supurar a través de los poros, a través de mi piel. Mi loba aullaba y me presionaba para ir tras ellos. Para sentarme en el regazo de Gibson otra vez, para sentir sus brazos a mi alrededor. Para escuchar los elogios de Ben y sentir su suave tacto.

Me hundí en la silla del porche de mi madre, cubriéndome la boca con la mano. Me sentía perdida sin ellos.

—¿Shelby? ¿Cariño? ¿Qué está pasando? —Mi madre abrió la puerta protectora de metal y se sentó a mi lado, rodeándome con los brazos.

Me entregué a las lágrimas que había reprimido desde que les había dicho a mis compañeros que se fueran.

—Mamá, anoche encontré a mis compañeros —dije entre sollozos—. Pero ellos viven en

Wyoming.

Mi madre se rio sorprendida.

—¿Compañeros? espera, ¿*en plural*?

—Um… uh… —respiré, limpiándome las lágrimas con el dorso de la mano—. Son dos. Un alfa de otra manada y un ejecutor.

—¡Oh, Shelby! ¡Eso es maravilloso! No entiendo por qué estás consternada—. Sentí su regocijo, el apretón de su mano, la vibración de alegría que emanaba de su cuerpo.

—*Wyoming*, mamá —le recordé—. Acabas de perder tu trabajo. El momento no es oportuno. No quiero ni puedo dejarte ahora.

—Shelby Jane, has perdido la cabeza. —Mi mamá se paró para enfrentarme con las manos en las caderas. No era tan alta, pero ahora se cernía sobre mí—. En primer lugar, haces que Wyoming parezca Siberia. Está a un estado de distancia. Siempre estaré a un día de camino de ti como mucho. Segundo, no soy tu hija, tú eres mi hija. No necesito que me cuides, querida tontita. —Me levantó y me envolvió en un cálido abrazo, oliéndome el cuello. Se echó hacia atrás y me miró con el ceño fruncido.

—¿Aún no te han marcado?

Sacudí la cabeza, con lágrimas frescas brotando al mencionar a mis amados papis. Los machos que querían cuidarme y amarme. La culpa me desgarraba la garganta. Probablemente se habían estado quemando desde dentro por la necesidad de marcarme, pero se habían contenido.

Se habían contenido para no presionarme. Quería saber cómo se sentían en este momento, estando separados.

—Siempre pensé que sería un cuento de hadas —expliqué—. Percibir el olor de tu pareja, sentir la magia desde el principio… Pero todo me tomó por sorpresa. No estaba lista para ellos, y ahora... ahora lo he estropeado todo.

—No has estropeado nada —insistió mi madre—. Entra; tomemos un poco de café; tranquilízate. Quiero escuchar toda la historia y saber por qué no están aquí contigo ahora. No puedo creer que hayan accedido a alejarse así nomás. —Ella quería suavizar la situación, pero yo sabía cómo era.

—Otra vez, la he arruinado —me quejé, dándome cuenta del desastre que había hecho.

Dejé que me llevara a la cocina; sentía el estómago hecho nudos, la piel ardiendo por el deseo de estar cerca de mis compañeros otra vez.

Pero volverían. Gibson prometió que no habíamos terminado. Me necesitaba. Se habían tatuado mi nombre en sus cuerpos.

Fue ese pensamiento y solo ese pensamiento lo que me impedía transformarme y aullarle a la luna durante el día.

10



BEN

DESPUÉS DE QUE A REGAÑADIENTES, por decir lo menos, dejamos a Shelby en su casa, nos dirigimos al rancho Wolf para reunirnos con su alfa. Pensamos que podría darnos algunos consejos o pistas sobre qué le impediría a Shelby aceptarnos como sus compañeros.

Conocí a Rob Wolf en el otoño, y sabía que era un alfa tranquilo y justo.

Nos aparcamos frente a la gran casa del rancho. Rob salió y se reunió con nosotros, ofreciendo su mano cuando me reconoció.

—Ben, me alegra verte de nuevo.

Nos dimos la mano y le presenté a Gib.

—He oído hablar de tu manada. —Nos miró con curiosidad, con sus fosas nasales abiertas captando nuestro olor, probablemente el de Shelby también—. Os emparejáis de a dos, ¿verdad?

—Así es —dijo Gib extendiendo la mano. No todos entendían el concepto de dos hombres que reclamen una hembra juntos. Pero aseguraba que ella estaba protegida y cuidada, junto con cualquier cachorro que nos diera. Estábamos orgullosos de reclamar a Shelby juntos, y Rob debería estar feliz de que uno de los suyos estuviera tan bien cuidado.

—Estamos aquí para pedir un poco de ayuda con la nuestra. Pero primero... —Sin romper el apretón de manos, Gib le dio un puñetazo a Rob en el estómago—. Eso es por dejarla bailar en Hoedown —dijo, y su voz retumbó con tono de alfa.

Rob gruñó, pero Gib se aferró a su mano, como para probar que seguían siendo amigos a pesar del golpe.

Las demostraciones físicas de desagrado, como ese puñetazo, eran comunes entre los metamorfos y no significaban mucho, ya que sanábamos inmediatamente. Aún así, ambos eran alfa, así que esto podría cambiar de tono rápidamente.

—¿Qué carajos? —Rob gruñó, mostrando algo de su lobo en los ojos, los cuales se centraron en el tatuaje fresco de Gib—. ¿Shelby es vuestra compañera? —Sacudió la cabeza—. No sabía que ella trabajaba allí.

Admito que estaba aliviado de que Rob no lo supiera. Me molestaría mucho pensar que un alfa no estaba allí para los suyos si necesitaban ayuda. Por supuesto, tal vez Shelby no había mentido del todo y realmente lo disfrutaba, como lo había dicho. Aunque lo había dicho retóricamente... fue un *tal vez me guste,* no un *me gusta, imbéciles, ahora salid de aquí.*

—Joder. —Rob sacudió la cabeza. Miró fijamente a Gib, a quien ya le había quitado la mano —. Voy a dejar pasar ese golpe porque estoy seguro de que querría romperle la cabeza a cualquier alfa también si supiera que un montón de humanos vieron a mi compañera desnuda. Pero si lo haces de nuevo, voy patearte tu peludo trasero.

Las peleas serias entre los metamorfos y las luchas para probar el dominio se llevaban a cabo en forma de lobo, haciendo uso de las poderosas mandíbulas y los colmillos afilados que beneficiaban a nuestra especie.

Las comisuras de los labios de Gib se levantaron como una señal de respeto.

—Debía hacerlo —dijo suavemente, y todos los signos de agresión desaparecieron.

Rob me captó con su mirada, algo ensombrecida por el ancho del ala del sombrero de vaquero.

—¿Lo intentaras también?

Sacudí la cabeza.

—No. Gib habla por los dos. Además, esperamos que nos ayudes.

—Vaya manera tan cordial de pedirlo. —Sacudió la cabeza, pero no había rencor en su tono o en su forma de andar cuando se giró y nos hizo señas para que fuéramos a la casa—. Pasad.

Entramos y lo seguimos por el pasillo central, pasando las escaleras a lo que debía de ser su oficina. Una vez que cerró la puerta y se acomodó en la silla detrás del escritorio, nos sentamos en los asientos enfrente. Él se quitó el sombrero y lo dejó sobre el escritorio.

—¿Shelby sabe que sois sus compañeros? —preguntó—. ¿Está de acuerdo con que seáis dos?

Gib asintió.

— Sí, y no creo que sea el hecho de tener dos compañeros lo que le moleste. Pero sí hay algo que no la permite terminar de ceder. Se resiste a venir con nosotros. Dice que no puede dejar su manada e ir a Wyoming.

Rob nos miraba con profunda concentración.

—Ella y su madre están muy unidas. Aun mas unidas desde que su padre se fue. —Se frotó la parte posterior del cuello—. No sabía que trabajaba en Hoedown. Su madre trabaja duro en trabajos mal pagados. Nunca me pidieron ayuda a mí o a la manada, pero, carajos. —Frunció el ceño—. Tal vez la necesitaban.

—La encontramos en el club anoche, así que no sabemos mucho. No me parece bien que

haya tenido que llegar al punto de desnudarse para poder llegar a fin de mes. Si la hubiésemos encontrado antes… —dije, sintiéndome como una mierda por no haber podido ayudarla—. Capté su olor cuando estuve aquí en noviembre, pero no estaba seguro, y tenía asuntos del consejo que atender. —Maldita sea.

—Bueno, Shelby nunca ha pedido nada —comentó Rob—. Ella es la que siempre se ofrece a ayudar a todos los demás por aquí. Ella podría llegar a ser algo ruda, fuerte… nunca me di cuenta.

—Tiene miedo de confiar en nosotros aunque esté de acuerdo en que somos sus compañeros —le expliqué.

Rob agitó lentamente su cabeza.

—Mierda —murmuró—. Su padre se fue cuando era una adolescente. Es un maldito gilipollas por lo que le hizo a su familia, hace mucho tiempo ya; también, hay una larga fila de cambiaformas que quieren patearle el culo. No me di cuenta de que eso todavía la afectaba. Ella siempre se muestra fuerte y capaz. Independiente. Es un verdadero encanto. Del tipo que ayuda a los demás y no pide nada a cambio.

Estaba de acuerdo con todo lo que dijo, y solo la conocíamos desde hacía menos de un día.

—Supongo que tomará tiempo para llegar a ese punto, donde ella sienta la seguridad de que no os marcharéis como el padre. Incluso, debe preocuparse por *dos compañeros*, no solo uno. Va a ser doblemente difícil para ella. —Miró entre nosotros.

No dijimos nada porque solo estaba diciéndonos lo que ya sabíamos.

Rob se recostó en el espaldar de la silla, entrelazando los dedos.

—Los papeles están invertidos entre ella y la madre. Ella tenía que ser fuerte para la madre, para ayudarla a superar la devastación de haberse encontrado abandonada. Tal vez sea tan simple como que ella no quiere infligirle el mismo dolor otra vez al irse también.

Gib levantó las cejas.

—Joder.

Golpeé el escritorio con el puño.

—Maldición. Deberíamos haberlo pensado. Decidió alejarse después de hablar con su madre por teléfono.

Gibson se puso de pie.

—Vamos a buscar a nuestra compañera —me dijo—. Gracias, Rob. —Sacó la mano.

Rob lo miró.

—Sí, no caeré en esa otra vez —murmuró, y Gib sonrió.

—Lo siento. Soy algo inmaduro, lo sé.

—Compañeras… —Rob sacudió la cabeza—. Nos darían a todos úlceras, si los metamorfos pudiéramos tener úlceras. —Me dio la mano y una palmada en el hombro.

Nos llevó a la salida. En la puerta de su casa, nos volvimos hacia él.

Le estreché la mano otra vez.

—Necesitamos la dirección de la casa de su madre, parece que es hora de arreglar algunas cosas.

Rob le dijo el camino:

—Buena suerte. Haz feliz a esa chica o te daré una paliza.

—Tenlo por seguro —dijo Gib con la mano en el aire, caminando hacia la camioneta.

11



SHELBY

SABÍA QUE ESTABAN AQUÍ, incluso antes de oír el crujido de la grava bajo los neumáticos. Mi cuerpo empezó a temblar, me puse de pie y abrí la puerta. No podía esperar ni un segundo más para estar cerca de ellos.

La camioneta de Ben aparcó y ambos hombres salieron, luego se acercaron a zancadas hacia mí.

Corrí hacia ellos.

—Shelby. —Gibson me tomó en brazos y me apretó tan fuerte que casi no podía respirar—. Parece que nos has echado de menos. —Me dejó en el suelo y me acarició la cara quitándome los mechones de cabello del rostro. Ben vino y se paró detrás de mí, así que quedé cercada por sus enormes y macizos cuerpos. Apoyé la cabeza en el sólido pecho de Ben.

Dios, estar entre ellos me tranquilizaba. Me hacía sentir feliz. Contenta. Era como si todos mis problemas no pudieran llegar a mí al estar rodeada de sus colosales cuerpos.

—¿Cómo me encontrasteis? —pregunté.

—El alfa de tu manada nos dijo cómo llegar —dijo Ben.

Me quedé sin aliento ante las implicaciones. La puerta mosquitera se abrió, y ambos hombres miraron a mi madre entrar al porche. Sin esperar una presentación, Gibson se acercó y extendió la mano.

—Señora, soy Gibson West, alfa de la manada de Cumbre Vaquera, y este es Ben Davies. Somos los compañeros de su hija.

—Soy Marne. —Mi madre ignoró la mano extendida y le abrió los brazos, dándole un clásico abrazo materno, aunque nunca lo había visto antes.

Ben también se acercó, para poder recibir la misma bienvenida.

—Señora, me gustaría invitarla a unirse a nuestra manada en Wyoming —ofreció Gibson.

Sus palabras me paralizaron. ¿Qué?

—Le proporcionaremos un hogar, y puedo ofrecerle trabajo, si lo desea. Sin embargo, sepa que igual cuidaremos de usted.

—No acepto caridad —dijo, con la espalda erizada como si su loba hubiera hablado.

—No, señora —continuó—. Pero sabemos lo importante que sería para Shelby tenerla cerca. Y por supuesto, para sus futuros nietos.

—¡Nietos! —Mi madre se estremeció, y la cara se le iluminó mientras me miraba. Oh, había dicho las palabras mágicas. ¿Cómo supo que estaba loca por los bebés?—. ¡Nada me haría más feliz!

Y así, sin más, todo la pesadez se convirtió en ligereza. Fue como uno de esos momentos en que las nubes grises se separan y el sol brilla. Ir a Wyoming con mis compañeros de repente se tornó de un tono completamente diferente. Tal como mamá lo había dicho, no era Siberia. No tenía nada que la retuviera aquí.

—¿En serio? —pregunté un poco aturdida por el giro de los acontecimientos... y mis emociones. Pasé del desaliento a la esperanza en segundos—. ¿Vendrás conmigo a Wyoming? —Me volví hacia Gibson—. ¿Y eso estaría bien? No tengo trabajo y...

Gibson sonrió.

—Me ofendes, gatita. Por supuesto que Marne se unirá a nuestra manada. Cuidaremos de las dos.

—No quiero ser una mujer mantenida —dije, y mamá se rio.

—Sí, lo sabemos —respondió—. Deja que ellos te cuiden. Además, te estás emparejando con un alfa, lo que significa que tu trabajo es ayudar a toda la manada. Es algo que has estado haciendo por aquí durante años. No solo me has ayudado a mí, sino a todos los de la manada.

Mamá tenía razón. Siempre ayudaba a todos. Aunque mi prioridad era ella.

—Pero no me desviviré por un compañero. Después de lo que hizo papá...

—Papá era un gilipollas —dijo mamá, cortándome las palabras. Puso las manos en las caderas y entrecerró los ojos—. Nos dejó, pero cariño, ellos dos te quieren. Quiero decir, tu nombre está tatuado en un brazo.

—Y en mi espalda —añadió Ben.

—No te niegues a ti misma o a ellos un apareamiento que todos desean desesperadamente por culpa de tu padre —continuó—. Eso significaría que él ganaría... y es un perdedor.

Me reí a pesar de las lágrimas. Era un gilipollas y un perdedor.

—¿Mantener a nuestra compañera? —dijo Gibson—. No se trata de eso. Se trata de ayudarla. Apreciarla.

—Protegerla. Amarla —añadió Ben.

—Tú serás nuestra principal prioridad. Siempre. —Gibson me abrazó por detrás y me tiró contra él—. Tu trabajo…. —murmuró en mi oído— además de ser la compañera del alfa, será

ser sexi y seductora en nuestra cama.

Ambos hombres gruñeron bajo, y mi loba se apoderó de esa idea traviesa.

Mi madre se fue de nuevo adentro, fingiendo que no escuchaba nada.

—Y tal vez para darnos algunos de esos bailes privados —sugirió Ben en un susurro—¿Con la falda a cuadros? —Movió las cejas y yo sentí cómo se me mojaban las bragas, recordando el último baile que les había dado. El que me había hechor ganar unas cuantas nalgadas en sus regazos.

—Y dar a luz a nuestros cachorros —añadió Gib, con los ojos de color ámbar—. A la mierda con esto. No puedo esperar más. —En un instante, me encontré sobre el hombro de Gib—. ¡Marne, no podemos quedarnos! —gritó mientras se dirigía a la camioneta—. Haremos planes más tarde.

Escuché la risa de mi madre mientras se despedía, pero no pude concentrarme. Todo en lo que podía pensar era en que me reclamaran mis dos compañeros.

Eso fue todo. Tenía a mis compañeros. Me querían a mí... y a mi madre. Ambos tenían razón. Mi padre era el pasado, y no podía aferrarme a eso por más tiempo. Gibson y Ben eran mi futuro.

Un futuro que empezaba ahora mismo.

Ben se puso al volante mientras Gibson me dejaba caer en el asiento del pasajero sentándose a mi lado, así que quedé acurrucada entre ellos. En el momento en que entramos, me abrochó el cinturón de seguridad y deslizó una mano hacia abajo para sentir mi sexo, y la otra bajo mi camisa para tomar uno de los pezones.

—Te espera una reprimenda, gatita —gruñó Ben mientras Gibson me tocaba.

La camioneta iba a toda marcha, más deprisa de lo que probablemente era necesario.

Me estremecí, tratando de conseguir más fricción en el clítoris.

—¿A mí? ¿Por qué?

Gibson me mordió el cuello. No con dientes de lobo, sino con su dentadura humana, y me dejó sin aliento y con un calor sofocante.

—Por alejarnos. Por no decirnos lo que necesitabas. Haciéndonos rogar.

Me reí, dejando escapar un gemido mientras me estimulaba los pezones.

—No te he oído rogar todavía.

—Fue una súplica silenciosa —dijo—. Los papis alfa no ruegan en voz alta.

Metí una mano entre mis piernas, tratando de animarlo a usar los dedos que había presionado en mi humedad, pero en vez de eso me dio una palmadita en el coño.

—¿Necesitas que te dé unos azotes aquí primero?

Mis músculos se apretaron, el estómago me temblaba. Me retorcí entre ellos. Nunca había estado tan agradecida en mi vida de que mi apartamento no estuviera lejos del de mi madre.

Temía seriamente morir si no conseguía meter a estos dos hombres dentro de mí lo antes posible.

—¿Mmm? —Gibson me dio otra palmadita—. ¿Quieres algunas nalgadas antes de sentirme

dentro?

—¡Sí! —Lo admití con un gemido—. ¡Sí, por favor!

—¿Ahora quién está rogando? —La voz de Gibson retumbó—. Déjame oír un *por favor, papi*.

Afortunadamente, Ben ya estaba aparcando frente a mi casa.

—Tenéis suerte de que no haya chocado —gruñó mientras me quitaba el cinturón de seguridad. Su lobo le brillaba en los ojos.

Estaba segura de que mi loba también lo hacía.

—Por favor, por favor, por favor, papis-lobo. —Me abrazé a Gibson para que me ayudara a salir y me llevó a toda prisa a la puerta.

Me las arreglé para sacar las llaves del bolsillo antes de bajar de la camioneta, para poder abrirla en cuanto llegáramos, y Gibson abrió la puerta en un instante.

—Tienes tres segundos para desnudarte, nena —ordenó Gibson en el momento en que mis pies tocaron el suelo.

Me esforcé por obedecerle, tirando mi camiseta, sacándome los vaqueros y las sandalias.

—Demasiado lento. —Ben me tiró sobre su hombro y me llevó al futón donde me bajó de espaldas—. Esto ya debería estar abajo. —Me bajó las bragas y me dio la vuelta poniéndome de rodillas. Me azotó fuertemente en el culo y luego me quitó el sostén. Rápidamente me lo bajé por los brazos mientras me azotaba de nuevo.

—Chica mala —Ben gruñó con su voz profunda y sexi, dándome otra palmada rápida y fuerte—. Cuando papi dice que te quites la ropa, necesito que te la quites *deprisa*.

El coño se me estremeció antes sus palabras obscenas. Me quedé quieta, amando cada nagalda de castigo. El ardor que me producía se transformó en calor... en todas partes. Después de una docena más o menos, me levantó y me giró para mirar al lado de la cama, donde Gibson esperaba de rodillas.

—Es hora de saborear a tu papi alfa, complacerlo con esa boquita o te romperá toda con esa erección que le causaste en el camino.

Gibson me ayudó para desabrocharle los vaqueros y liberar su erección. Sin usar las manos, abrí la boca y tomé el glande hinchado y colorado, chupando la gota salada que sobresalía del prepucio.

—Así es —tatareó, apartándome el cabello de la cara—. Demuéstrame que eres una buena chica. Chúpale la polla a tu papi.

Oh, joder, sí. Habían dicho que querían cuidar de mí, y ahora lo sentía. Este juego de papis podría resultar algo extraño para otras personas, diablos, sí, pero para nosotros significaba más que eso también. Era lo que me había estado perdiendo, el *saber* que siempre serían míos. No necesitaba los tatuajes como prueba. Ya no.

Las palabras de Gibson me volvieron loca, y la necesidad de complacerlo —Cielos Santos con mis dos candentes papis— me hizo tragarme ansiosamente su erección, llevándolo a lo

profundo de la garganta para succionar tan fuerte como pudiera.

Ben continuó azotándome en el culo, luego me abrió las piernas y me dio cinco palmaditas picantes en mi deseoso sexo.

Gemí con la polla de Gibson en la boca, quien me tiró del cabello para llevar mi mirada a la suya. Lo miré con las pestañas entornadas; mi sexo hormigueaba por algo más que solo azotes.

La boca de Gibson era ahora solo una línea delgada y tenía los tendones del cuello tensos. Entendí que se estaba conteniendo, y yo ya no quería eso. Miré a Ben, quien ahora estaba quitándosela ropa.

Arrodillada entre ellos, metí un dedo en mi boca, lo lamí y lo pasé por el centro de mi cuerpo hasta llegar a mi coño. Bajando los hombros hasta el suelo, coloqué la otra mano contra mi trasero, metiendo mi dedo medio en mi entrada trasera.

—Folladme, papis. Hacedme vuestra.

Ambos gruñeron, bajo y profundo, y pensé que me tomarían en ese momento, pero Ben se subió a la cama conmigo, me tomó en sus brazos y me besó. Sus manos vagaban por mi cuerpo, y sentí que otro par se unía. Dos pares de manos me tocaban. Me acariciaban. Jugaban con mis senos, bajando hasta mi vagina. Recalcando cada centímetro de mí, aprendiendo cada recoveco, cada lugar que me hacía gemir y desear, todo mientras Ben me sostenía; sus toques eran demasiado y no suficientes, todo al mismo tiempo.

—¡Por favor! —jadeé.

—No más condones —dijo Ben con la voz ronca. Miré sus ojos, oscurecidos por el deseo, y vi allí todas las promesas que habían dicho en voz alta.

—No más condones —repitió Gibson, besándome a lo largo del cuello—. Hoy tendrás nuestras mordeduras en tu cuello, y nuestro semen en tu vientre.

Eso debía ser lo más sexy y excitante que había oído nunca, gemí.

—¡Tomadme! ¡Hacedme vuestra!.

—Recuerda, gatita. Reclamamos a nuestra compañera al mismo tiempo —dijo Gibson—. Tu coño es mío.

—Y yo tendré tu trasero —añadió Ben—. Esta noche tendrás dentro de ti nuestras pollas y nuestros dientes.

Estaba tan excitada… Era increíble. Nunca antes había considerado estar con dos al mismo tiempo, pero ahora, era lo único en lo que podía pensar. Los necesitaba. A ellos. Los dos me reclamarían al mismo tiempo. Como si yo fuera la unión de todo, nos haríamos una familia. Un trío que nunca podría ser separado.

—¡Por favor! —supliqué.

—¡Qué sonido tan bonito! —Gibson se dejó caer en la cama con la cabeza en la almohada. Ni siquiera había notado cuándo se había quitado la ropa; se veía tan fuerte, tan potente con esa extrema erección perpendicular al abdomen, tumbado allí.

Me lamí los labios, pues el sabor de él aún permanecía en mi lengua. Lo quería de vuelta en

la boca, pero lo quería más en mi sexo mojado. Desnudo.

Me hizo señas con un dedo.

—Arrástrate hacia mí, pequeña vaquera. Sube y llévate mi polla a dar una vuelta.

No necesitaba que me lo dijera dos veces; comencé a moverme, poniéndome a horcajadas sobre sus caderas. De rodillas sobre él, tomé su erección, pasando su glande lentamente por la humedad de los labios internos de mi vagina, hasta que la cabeza de su polla estuvo en mi entrada, y bajé.

—Demonios, me encanta ver cómo entra en ti. —Ben deslizó una mano sobre mi culo, como si no pudiera resistirse.

Tomé todo de Gibson, luego puse las manos en su pecho y empecé a montarlo, subiendo y bajando, al ritmo de mi placer. Me dejaron tomar las riendas por no sé cuánto tiempo, pero entonces, Gibson me tomó desde la parte de atrás del cuello y me bajó para darme un beso. Mis senos presionaban su pecho, mientras él abría sus piernas, extendiendo las mías cada vez más.

Sentí el colchón hundirse bajo mis rodillas, pues Ben se acomodaba en el espacio entre nuestras piernas. Escuché un envase abrirse justo antes de sentir el frío fluido del lubricante deslizándose en mi entrada trasera. De dónde había salido, no tenía ni idea. ¿De su camioneta tal vez? Estaban preparados para tomarme.

—Mi dedo primero, gatita —murmuró Ben, y comenzó a tocar. Como dijo, primero fue la punta del dedo esparciendo el lubricante alrededor de mi entrada trasera y luego comenzó introducirlo. Gemí contra los labios de Gibson mientras Ben se deslizaba dentro. Solo ligeramente al principio, pero con más y más lubricante, iba más profundamente.

No podía moverme con el dedo de Ben y Gibson sujetándome a él, pero me movía hacia arriba y hacia adentro en pequeños embates. La combinación me hizo levantar la cabeza y jadear.

—Otro dedo —dijo Ben.

Me quedé quieta y luego jadeé. Gibson dejó de moverse, me besó en el cuello, el hombro, como si estuviera preparando el lugar para sus dientes.

El tiempo pasó mientras Ben me preparaba. Se sintió diferente e intenso, pero bien. No tenía idea de que se sentiría *tan* bien. ¡De lo que me había estado perdiendo…! No solo de este tipo de placer, sino también de mis compañeros.

Tendría esto con ellos por el resto de mi vida.

—Estoy lista — jadeé—. Por favor. Lo necesito.

Y así era. Necesitaba a Ben ahí mismo con nosotros. Sin él, me sentía vacía.

Cuidadosamente, sacó los dedos, pero solo por un segundo, antes de que sintiera la presión caliente de su polla en ese inexplorado camino.

—Respira hondo, gatita —dijo Gibson. Yo obedecí—. Buena chica, relájate. Eso es todo. Respira de nuevo.

Ben continuó entrenándome mientras su mano me sujetaba las caderas con un agarre abierto. No tomó mucho tiempo. Yo estaba bien preparada, muy lubricada. La polla de Ben terminó de

entrar, y me atiborró.

—¡Oh, madre mía! —gemí. Estaba tan llena. Ellos eran descomunales, y mientras Ben continuaba entrando y saliendo lentamente, profundizando cada vez más, miré a Gibson.

Sonrió y me acarició el cabello hacia atras.

—Vaya chica buena, tomando las pollas de tus papis al mismo tiempo.

Me relajé ante sus elogios, y Ben gimió mientras sus caderas presionaban mi trasero.

—Joder, es increíble —dijo—. ¿Listo, Gib?

—Diablos, sí.

Ben retrocedió lentamente mientras Gibson subía sus caderas, y luego al revés. Ben empujó profundamente mientras Gibson retrocedía.

Me follaban, alternando los movimientos, así que siempre tenía una de sus pollas completamente dentro de mí. Era tan intenso que no podía hablar. Mi clítoris se frotaba contra el cuerpo de Gibson cada vez que Ben me llenaba.

—Yo... tan llena... no puedo... me corro... oh... ¡por favor! —gemí mientras me corría. Mi cuerpo se estremeció con el placer de mi vagina y mi culo estrechándose y liberándose, mientras el orgasmo más intenso de mi vida se apoderaba de mí.

Escuché un gruñido. Sentí los empujes salvajes de ambos, los sentía profundamente. Sus bocas estaban a lo largo de mi hombro, sus manos me sostenían.

Al mismo tiempo, los dientes de los dos se hundieron en mi piel, y el dolor fue exquisito. Intenso. Grité y volví a acabar cuando sentí que sus pollas se hinchaban. Gruñeron mientras sus colmillos aún estaban en mí, perdida permanentemente en el placer de estar entre ellos mientras se liberaraban también.

Sentí el calor de las semillas de ambos llenándome. Luego levantaron sus bocas de mi hombro y mi cuello gritando de satisfacción. Debí de haberme desmayado un poco porque lo siguiente que supe fue que estaba en brazos de Ben mientras Gibson me limpiaba suavemente entre las piernas con una toalla húmeda y caliente.

La genialidad de ser una cambiaformas era que la pronta capacidad de curación ayudaba en situaciones como esta, cuando el trasero quedaría *muy* dolorido si fuera humana. O eso me habían dicho las otras bailarinas de Hoedown. En cambio me sentía saciada, repleta y... marcada.

Me puse la mano en el cuello para sentir el lugar donde Ben me había reclamado.

—Mmm. —Me besó la frente—. Me apetece ver mi marca en ti. —Inhaló—. Todos sabrán a quién perteneces.

Gibson se unió a nosotros, acomodándome entre ellos, acurrucada.

—Así es, gatita, ahora eres nuestra. Para siempre.

Me estremecí un poco, asentándome en la sensación de tenerlos a mi alrededor. Tracé las marcas en relieve de mi nombre en su piel.

—No, vosotros sois míos.

Gruñeron y me abrazaron.

—Claro que sí —dijo Gibson—. Dos papis para una hermosa unión.

Dos papis. Yo era la compañera de un alfa y de un ejecutor del consejo. Tenía una nueva manada a la que atender, incluso antes de parir a los cachorros de mis compañeros.

Era perfecto, y no podía esperar a empezar nuestra nueva vida juntos.

Leer Áspero ahora!

Regla #1 de la manada: Nunca revelarse a un humano.
Rompí esa regla el día que conocí a la hermosa doctora.
Tal vez sea un campeón de rodeo, pero un solo vistazo y perdí mi concentración.
El toro me lanzó, me corneó y ahora tengo la atención de la dulce mujer.
Cuando me curé en tan solo algunas horas, ella supo que algo no estaba bien.
Mi alfa me ordenó que la observara.
No era un problema. La observaría. Muy de cerca.
Me pegaría a ella como pegamento.
¿Y esos hombres humanos que querían salir con ella?
Será mejor que retrocedan.
Porque la doctora es mía.
Aunque no lo sepa todavía.

Leer Áspero ahora!

¡RECIBE UN LIBRO GRATIS!

Únete a mi lista de correo electrónico para ser el primero en saber de las nuevas publicaciones, libros gratis, precios especiales y otros premios de la autora.

http://vanessavaleauthor.com/v/ed



SUSCRÍBETE - RENEE ROSE

Suscríbete a mi newsletter para recibir contenido especialmente bonificado y noticias de nuevos lanzamientos en Español.

https://www.subscribepage.com/reneerose_es

TODOS LOS LIBROS DE VANESSA VALE EN ESPAÑOL

https://vanessavaleauthor.com/book-categories/espanol/

ACERCA DE LA AUTORA - RENEE ROSE

RENÉE ROSE, LA AUTORA BESTSELLER EN USA TODAY, ama los héroes dominantes, ¡los machos alfa que saben hablar sucio! Ha vendido más de un millón de copias de tórridas novelas románticas con diferentes niveles de sexo no convencional. Sus libros han sido presentados en el Happily Ever After de USA Today y en Popsugar. Nombrada en el Eroticon de los Estados Unidos como la Próxima Autora Erótica Top en 2013, ha ganado también como Autora Preferida en Ciencia Ficción y Antología Valiente y Atrevida y con la mejor novela romántica histórica en The Romance Reviews. Figuró cinco veces en la lista de USA Today con varias antologías.

Suscríbete a mi newsletter para recibir contenido especialmente bonificado y noticias de nuevos lanzamientos en Español.

https://www.subscribepage.com/reneerose_es



ACERCA DE LA AUTORA - VANESSA VALE

Vanessa Vale es una de las autoras más vendidas de USA Today. Sus novelas románticas y sexys incluyen sus populares series de romances históricos en Bridgewater y novedosos romances contemporáneos. Con más de un millón de libros vendidos, Vanessa escribe sobre chicos malos sin reparo alguno, que no solo se enamoran, sino que se enamoran perdidamente. Sus libros están disponibles en todo el mundo en varios idiomas, en libros electrónicos, impresos, de audio e incluso como un juego en línea. Cuando Vanessa no está escribiendo, saborea la locura de criar a dos niños y descubre cuántas comidas puede preparar con una olla a presión. Si bien no es tan hábil en las redes sociales como sus hijos, le encanta interactuar con los lectores.

https://vanessavaleauthor.com